

BOLSILIBROS
BRUGUERA

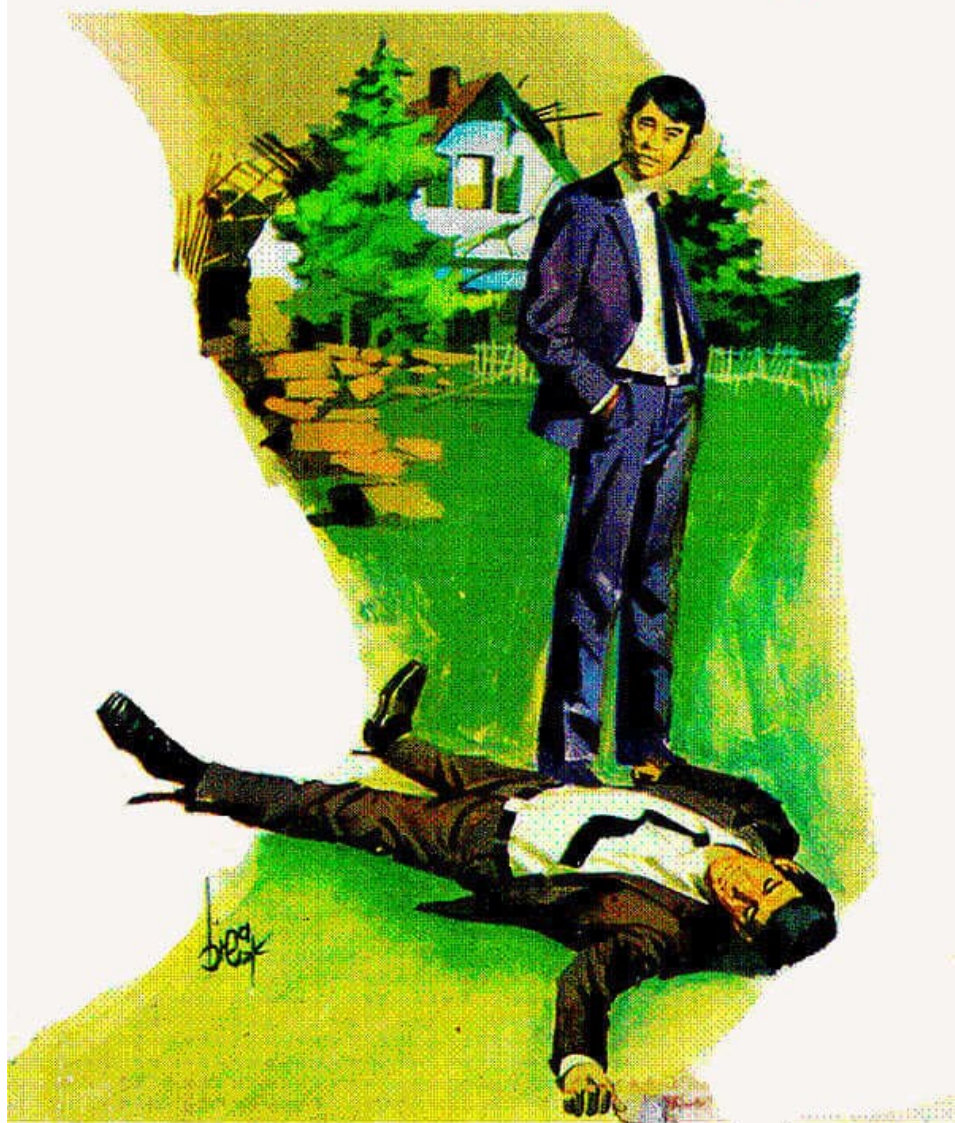
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

Tse Ling, de Shangai

joe mogar



Costa oeste norteamericana, un imponente empresario de origen chino es acusado del asesinato de su socio. Tras la muerte se esconde un turbio asunto de herencias. La hija del chino, una deslumbrante mujer, contrata los servicios de un detective privado. Las pesquisas poco a poco en vez de dar resultados, van enredando mas y mas la madeja. Un segundo asesinato, de igual forma al primero, parece convencer al sabueso investigador de quien es el acusado...



Joe Mogar

Tse Ling, de Shangai

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1043

ePub r1.0

Lds 10.02.18

Título original: *Tse Ling, de Shangai*

Joe Mogar, 1970

Cubierta: Manuel Brea

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

TSE LING, DE SHANGHAI

A cualquier hombre se le ocurriría llamarse así, como no fuera a un chino, claro.

Cualquiera, también, se hubiera sentido orgulloso de haber nacido en

Hong-Kong

o en Pekín pongo por caso, pero Tse Ling, no.

Él era de Shanghái y nada más que de Shanghái.

Cierto que yo no lo sabía, tampoco tenía ni la más ligera idea de que allí, en Nueva York, hubiera un tipo que se llamara así, hasta que ella me lo dijo, y la creí, palabra.

No porque llevara minifalda en edición de bolsillo ni mucho menos, sino porque cuando la vi por primera vez se encontraba al borde de una piscina en forma de corazón, y en bikini, lo que a mi juicio particular, era aún mucho peor.

Cierto que la cosa no empezó de aquel modo.

Fue a causa de una llamada telefónica.

Empiezo:

Aquella mañana, como tantas y tantas otras, me encontraba sentado tras la mesa de mi despacho situado en un edificio hecho ex profeso para oficinas, en el 980 de la 8 West Street, esquina con Greenwich Avenue.

Con los pies sobre la mesa, el cigarrillo colgado materialmente de la comisura de la boca, torcido el nudo de la corbata, el semivacío vaso de *whisky* al alcance de mi mano, esperaba no sabía qué, pero desde luego, no lo que ocurrió a continuación.

También echaba de menos a mi secretaria.

Una gran y cariñosa muchacha si no fuera porque le gustaban demasiado los billetes de mil dólares, y de éstos, por desgracia, yo tenía demasiados pocos.

Resultado: que un día se marchó, y ya no la volví a ver.

¡Suerte que tienen algunos tipos, caramba!

Meditaba sobre aquello, en la suerte que tendría si a alguien se le ocurriera llamarme para intervenir en cualquier embrollo, por malo que fuese, y pagando lo mínimo que se acostumbraba en aquellos casos, cuando de un modo repentino el súbito timbrazo del teléfono me sobresaltó.

Creo que maldije entre dientes, pero no estoy seguro.

También vacilé antes de tomarlo, tal vez porque me era harto molesto, y aun en contra de mis propios pensamientos, moverme, deshaciendo con eso la cómoda postura en que me encontraba sentado.

Hasta que me decidí.

Suspiré, quité los pies de la mesa, alargué la mano y tomé el auricular.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

—¿Míster Alf Benson...?

Voz de mujer joven, culta, educada; voz de una verdadera dama.

¡Lástima que en cuestión de faldas yo no fuera un caballero!

Ni en otras cosas tampoco, modestia aparte. ¿O acaso no se dice así?

—Yo mismo —respondí.

—Venga a verme, ¿quiere? Es importante.

Acostumbrada a mandar.

Hice una mueca, lancé al teléfono una mirada malévola y respondí:

—¿Dónde y para qué?

—Carretera veintiuno, a cuatro millas escasas de Nueva York. Es una cabaña de ladrillo rojo, estilo colonial de dos plantas. Verá la quinta y la piscina mucho antes de llegar.

Ilusionado me pregunté si se encontraría en traje de baño cuando yo llegara, pero cosa lógica, no quise formularle la pregunta.

—¿De qué se trata?

—Si le interesa venga a verme, pesquisa, pero no tarde. Pagaré todos los gastos si no nos ponemos de acuerdo.

—Adelánteme algo, ¿quiere?

Vaciló por espacio de unos segundos y finalmente, cuando respondió, noté que su voz de contralto había cambiado de un modo sutil:

—Chantajé.

No me gustaba.

Y no me estaba refiriendo al encargo en sí, sino a los chantajistas en general.

Me producían dolor de estómago, náuseas, y ansias asesinas.

De todo lo sucio que conocía, para mí, la peor suciedad se encontraba en el interior de un chantajista.

—¿Se encuentra aún ahí, míster Benson?

—Sí. Disculpe, estaba pensando.

—¿En lo que le he dicho?

—Por supuesto —respondí.

—¿Y qué ha decidido?

No quise precipitarme y guardé silencio por un breve espacio de tiempo para añadir algo más, por lo que deposité el auricular sobre el soporte y me puse en pie.

Una dama y un chantajista.

¿Fotografías?

Podía ser, desde luego, y aquello dependía por entero de la clase de dama que fuera.

Me ajusté el nudo de la corbata, arreé con la artillería que coloqué bajo la axila izquierda, me puse la americana, me encasqueté el sombrero y luego de cerrar con la llave la puerta de mi oficina salí a la calle.

El garaje.

Un «Zodiac» modelo 1967, convertible, recuerdo de una buena racha.

Empuñé el volante y empecé a conducir.

Estaba seguro de lo que me iba a decir, pero me equivoqué de medio a medio.

Carretera 21 a cuatro millas escasas de...

Allí estaba.

En aquello no había mentido.

De ladrillo rojo, de dos plantas y estilo colonial.

La distinguí una milla antes de llegar y luego doblé el volante hacia la izquierda dejando la carretera a mi derecha para acto seguido internarme en un bien pavimentado camino, sombreado de altos árboles, plantas trepadoras, macizos de flores entre las que predominaban las rosas, tomé la curva que había más adelante y entonces vi la piscina.

En forma de corazón, y la ninfa que había en su orilla, tendida en una hamaca, con la morena piel brillando al sol.

Se encontraba en bikini.

Pude darme perfecta cuenta de ello porque se puso en pie tan pronto como vio el coche y luego empezó a andar en dirección a la orilla del camino, sin cubrirse ni poco ni mucho, y se detuvo allí, formando un bello espectáculo cuyo marco eran los árboles y la piscina que ahora quedaba a su espalda.

Detuve el coche apenas llegué a su altura y se inclinó sobre la ventanilla.

Ojos grandes, oblicuos, pelo del mismo color, que rayos del sol arrancaban tonalidades azules, los pómulos ligeramente salientes y la boca tan roja como una herida.

Sensual.

Boca que no sonreía, que permanecía seria, impenetrable como lo eran sus ojos y su rostro.

Los senos altos, turgentes, que la breve tira del bikini casi ponía al descubierto y las piernas perfectas, de bien torneados muslos, amén de unos pies chiquitos, como muñeca de bazar chino.

—El camino es privado —dijo por todo saludo.

—Me llamo Alf Benson —respondí—, y creo que...

Tampoco sonrió cuando me interrumpió.

—Baje del coche y acompáñeme, míster Benson. Hablaremos allí, junto a la piscina. Tengo *whisky* en un cubo con hielo.

Abrí la portezuela y descendí del «Zodiac» cuando ella ya me estaba dando la espalda, andando en dirección a donde había dicho, y sin que yo pudiera evitarlo por mucho que me esforcé, mis ojos fueron a sus piernas.

Alcancé el lugar mientras se volvió hacia mí y con un mudo gesto y elegante de su mano me indicó que me sentara.

—¿Desea un trago? —preguntó.

Pero continuaba impasible, impenetrable, lo mismo que lo era toda su milenaria raza.

—Sí —dije—, si no le molesta.

—Si me molestara ya no le invitaría, pesquisa.

Callé.

Me sirvió, y al tomar el vaso no pude por menos que preguntar:

—¿Dónde estudió usted?

Nada Se movió en su exótico rostro en tanto me miraba a los ojos.

—¿Lo dice por mi forma de hablar?

—Sí, claro —respondí.

—En Europa. Concretamente en París. Y no crea, durante bastante tiempo tuve dificultad con las «erres» —me miró pensativa y añadió—: Pero no le he llamado a usted para discutir mi educación, míster Benson.

Estuve a punto de mandarla al diablo pero me contuve.

—De acuerdo —dije—, *miss*...

—Sou-Ki Ling —respondió—. Ése es mi nombre.

No respondí.

Esperaba.

Fue muy poco ya que ella añadió al instante:

—Mi padre está siendo víctima de un chantaje.

—Creí que era usted, *miss* Ling.

Tampoco cambió su expresión sólo comparada con la impasibilidad de piedra de un Buda.

—Pues se equivocó. No suelo frecuentar mucho esos lugares donde acostumbran a fotografiar a las muchachas en situaciones comprometidas, pesquisa. Por otra parte, si hubiera sido así, jamás le hubiera llamado.

—¿No...? ¿Por qué?

—Porque lo que los demás puedan pensar de mí, en un momento determinado o siempre, es algo que no me preocupa.

—Entonces, ¿para qué me llamó?

Sin contestar a mi pregunta,

Sou-Ki

respondió con otra:

—¿No lee nunca los periódicos, míster Benson?

Sin saber a dónde quería ir a parar con tanto preámbulo,

respondí:

—Nunca, o casi nunca.

—Pues hace mal. Algunas veces, los diarios son necesarios.

—No digo que no.

Y esperé una vez más, hasta que por fin ella se decidió:

—Mi padre está siendo víctima de un chantaje además de molestias por parte de la policía.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar.

Los obsesionantes ojos negros de aquella muchacha china, educada nada menos que en París según me confesara, ofuscaban un tanto mis ideas; dicho en otras palabras, me cortaba.

—Asesinato.

—¿Cómo...?

Se retrepó hacia atrás, entornó los ojos y me miró por entre las tupidas pestañas:

—Sospechan de él, míster Benson, y yo quiero a ese asesino.

—¿Qué asesino?

—Mataron a un hombre en Wall Street hace tres días y se llevaron a mi padre, primero para que le identificara y más tarde para ser interrogado. Cierto que lo hicieron con mucho cuidado pero mi padre está educado como todos los hijos del Celeste Imperio, ¿comprende lo que le quiero decir? Su mentalidad es puramente china y temo que se meta en un lío, a pesar de todos los pesares.

Dando de lado a todo aquello, por el momento, inquirí:

—¿Qué tiene que ver su padre con Wall Street?

—Juega a la Bolsa entre otras cosas. ¿Usted no?

Pensando en la casa de empeño donde tenía uno de mis mejores trajes, respondí:

—Sí, claro, también, pero lo que ocurre es que la mayoría de las veces me toca a mí pagar los intereses. —Hice una pausa sin que Sou-Ki

me interrumpiera y pregunté—: ¿Cuáles son las otras cosas, miss Ling?

—Es el presidente de una compañía constructora que lleva su nombre.

—¿Qué construye?

Se irguió para a continuación inclinarse sobre mí y de nuevo vi

aquellos ojos fríos, impenetrables, fijos en los míos, y me pregunté si siempre sería tan fría y hermética como un témpano de hielo.

—Casas —respondió—. Rascacielos, cabañas como ésta, y todo lo que se pueda hacer con ladrillos, hierro, hormigón y... y...

—La entiendo —corté temeroso de qué me quisiera inscribir, pongo por caso, en cualquier lugar donde no tuviera más remedio que empezar a construir, pero empezando desde abajo—. Continúe, por favor.

—Tse Ling, mi padre, tiene la mayoría de las acciones, y míster Don

O'Brien,

las otras, de tal modo que al morir el uno, el otro se beneficiaría con aquella muerte. Es decir, asesinaron a míster

O'Brien

y las acciones pasan a poder de mi padre, lo que le da prácticamente el gobierno de toda la compañía.

—Y eso hace sospechar a la policía, ¿verdad?

—Sí, así es.

La miré pensativamente y repliqué:

—Hábleme del chantajista, ¿quiere?

Sou-Ki

alargó la mano hacia su vaso, lo bebió sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal, y respondió tan pronto como consumió el licor:

—No sé nada cierto respecto a eso, míster Benson —dijo—, nada, pero sospecho que es así. Mi padre... Bueno, hay que ser chino para saber cuándo uno de nosotros se excita, y él está excitado, si comprende lo que le quiero decir.

—Sí, lo sé —hice una pausa, muy pequeña, y añadí—. ¿Qué le hace sospechar de un posible chantaje?

—Ha estado recibiendo llamadas telefónicas desde que ocurrió aquello, y sé que ayer fue al Banco de donde retiró una fuerte suma en billetes pequeños.

—Tal vez tenga que efectuar un pago importante —aventuré.

Sou-Ki

tardó varios segundos en contestar.

—Nada de eso, míster Benson —afirmó rotundamente—. Llevo todo el peso de la contabilidad de la empresa y sé que no hay pago

alguno que efectuar. Por otra parte, se usan billetes grandes y ésos..., ésos... Pregunté en el Central Bank pero se mostraron reacios a darme información, y les comprendo. Mientras no se lo digan a él, todo irá bien —esperó, quizá a que yo dijera algo, y al comprender que no era así continuó con una pregunta—: ¿Va a hacerse cargo?

—Sí, pero antes desearía hablar con su padre, *miss* Ling.

—Eso... De acuerdo, pero no hoy. Veré... veré lo que puedo hacer.

Medité rápidamente y pregunté:

—¿Cuál es su idea?

—Que vigile a mi padre, pero tenga cuidado. No me gustaría que si lo descubriera lo tomara por ese asesino o por el chantajista.

Ni a mí tampoco, pero no se lo dije aunque sí formulé una nueva pregunta:

—Diga, *miss* Ling —dije—, ¿sabe o sospecha cuándo hará entrega de esos dólares y dónde?

—Es por eso por lo que deseo que vigile nuestra casa, *míster* Benson, ¿comprende? Sígalo e intervenga si es que debe hacerlo. Puede... estacionarse esta misma tarde y esperar. Quizá no salga en toda la noche, pero voy a pagarle sus servicios tanto si estoy equivocada como si no.

No respondí a aquello.

Ahora me encontraba pensando en Don

O'Brien,

por lo que dando de lado a lo que

Sou-Ki

me decía, pregunté:

—¿Cómo mataron a *míster*

O'Brien?

¿Lo sabe?

—Con un puñal. Un arma que pertenece a mi padre.

Me envaré.

—Explique eso, ¿quiere?

Sou-Ki

señaló mi vaso y preguntó:

—¿No piensa aceptar mi invitación?

—Sí, claro, perdone —tomé el vaso, bebí hasta mediarlo y al

depositarlo sobre la pequeña mesa que había a nuestro lado, insistí —: Explíquese, *miss* Ling.

—Mi padre dice que notó a faltar el puñal hace más de diez días, ¿comprende? Es un puñal corriente y por lo tanto no hacía falta denunciar el hecho a la policía.

Había otra pregunta, pero no la formulé.

Aquélla, si llegaba el caso, iba a guardarla para cuando Tse y yo estuviéramos frente a frente.

—Hábleme de mister Don

O'Brien

—dije.

Y era desesperante verla allí, mirándome fijamente, sin un solo parpadeo, sin que su exótico y bello rostro expresara nada de lo que indudablemente estaba pensando.

—¿Qué quiere saber?

—Sus señas, si las sabe, y cuanto pueda decirme de él.

Sou-Ki

guardó silencio y entretanto desvié mis ojos de los suyos, pero no fue para mirar sus desnudas piernas sino para lanzar una mirada a mí alrededor.

Y volví a mirarla cuando contestó:

—En el 890 de Times Square, en el distrito v. Apartamento 515, letra F, piso decimonoveno. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, respondí. —¿Quién se beneficia con su muerte además de su padre?

Me miró largamente y contestó:

—Su mujer y su hija, según creo.

Me puse en pie y me imitó.

—¿Dónde podré verla, *miss* Ling? —pregunté.

—Aquí o en Nueva York siempre y cuando sea para hablarme de mi padre.

Lo que para mí quería decir, sin paliativos de ninguna clase, que, china o no, ella acababa de poner una barrera entre los dos.

Los puntos sobre las «íes», como vulgarmente se dice.

CAPÍTULO II

Quedaban dos caminos por seguir; la familia
O'Brien

o el teniente Pool McKenna del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Opté por lo primero tan pronto como alcancé la primera avenida y desde allí me encaminé directamente al distrito v. Times-Square.

Detuve el «Zodiac» al otro lado de la calle y crucé mientras que la multitud de preguntas se forjaban en mi mente.

Entre otras, me preguntaba por qué no hablé de mis honorarios con

Sou-Ki,

y no supe qué responderme.

Entré en el portal y examiné las tablillas indicadoras.

La muchacha china no me había mentido, por lo menos en aquello.

Utilicé el ascensor hasta el piso decimonoveno y ya frente a la puerta que daba acceso al apartamento de los

O'Brien

vacilé un poco pensando en que tal vez no sería recibido por los omnipotentes capitostes de Wall Street.

Un simple gusano como yo, un fisgón, un pesquisa, y otras cuantas cosas más, según oí comentar por radio cierto día, al referirse a nosotros en una emisión; no, no era bien recibido en algunas esferas sociales.

Sí, aquel locutor llevaba razón; las gentes nos llamaban muchas lindezas, pero aquello no significaba nada. Particularmente estaba convencido de que el pellejo de un privado es algo así como el caparazón de una tortuga, por lo menos en ciertas ocasiones.

Y dejé de hacerlo cuando levanté la mano para pulsar el zumbador.

Luego esperé.

Fue muy poco, cuestión de unos segundos y la puerta se abrió enmarcando en el umbral la figura de mía doncella.

La miré de pies a cabeza en tanto preguntaba:

—¿Sí...?

—Quiero ver a *miss* o a *mistress*

O'Brien.

—No reciben, y mucho menos a periodistas.

Levanté una de mis cejas.

—¿Quién le dijo que era periodista, preciosa?

¿Y no es así?

—No, no lo es. —Hice una pausa mientras la muchacha se disponía a cerrar la puerta y añadí al cabo de un par o tres de segundos de silencio—: Mi nombre es Benson, y deseo hablar del asesinato de míster

O'Brien.

Es importante.

No se apartó del centro de la puerta pero sí preguntó:

—¿Policía...?

—Sí, así es —mentí con el pensamiento puesto en McKenna.

—Espere un momento —respondió—; avisaré a *miss*

O'Brien.

No me invitó a pasar pero tampoco cerró la puerta.

Y ahora sí tardó bastante en regresar.

Cuatro o cinco minutos al cabo de los cuales, dijo tan pronto como se encontró ante mí:

—Pase, por favor; *miss*

O'Brien

le espera.

La seguí hacia el interior del apartamento amueblado con un lujo exquisito.

El *living*.

La vi y perdí el aliento.

Era rubia y con tanta o más fachada que la propia

Sou-Ki.

Lástima que no fuera china... sin el pelo rubio, claro. Lo otro

podía pasar; incluso la minifalda, la más corta que yo había visto en mi vida.

—Siéntese, ¿quiere?

Tenía tanto que ver que lo hice sin dejar de mirarla.

Me imitó, sentándose frente a mí, cabalgó una pierna sobre la otra.

—¿Han detenido a ese asesino?

—¿Qué asesino? —pregunté a mi vez.

Arqueó una ceja.

—A ese maldito chino. A Tse Ling.

Podía ser un maldito chino, incluso todos los chinos podían serlo, pero yo admiraba a todos los hombres que tuvieran hijas como

Sou-Ki,

aunque fueran chinos, y valga la redundancia.

Pero me guardé muy bien de decírselo a ella y respondí:

—Eso, si llega el caso, su culpabilidad o su inocencia, *miss* O'Brien

—dije—, ni usted ni yo somos quienes para...

Me interrumpió.

—Sí, ya lo sé —respondió—. Y llámeme Jessica, por favor.

—De acuerdo, Jessica. Y ahora, hableme de su padre, ¿quiere?

Su rostro se nubló.

—¿Qué es lo que desea saber?

Varias cosas —dije—, y creo que algunas de mis preguntas no serán de su agrado.

—También lo sé —me miró atentamente mientras trataba de bajarse la minifalda y añadió—: Pregunte usted, y si puedo le contestaré.

—¿Qué relaciones le unían a Tse Ling?

Me miró suspicaz.

—¿Acaso no lo sabe?

—Sí. Consta en el informe de la policía.

—En ese caso...

La atajé a mi vez.

—Deseo oír la versión de usted, Jessica; eso es todo.

No desvió los ojos de los míos, que me dieron la sensación de taladrar hasta lo más recóndito de mis pensamientos y respondió:

—Eran socios.

—¿Hasta qué punto?

Tampoco vaciló en dar la respuesta.

—Iban a medias, míster Benson. ¿O no fue así como me dijo la doncella que se llamaba?

—Sí, así fue —hice una ligera pausa y proseguí—: ¿Qué más, Jessica?

—Bueno... creo que los documentos estaban redactados de un modo que si uno de los dos fallecía, el otro pasaba a hacerse dueño de todo.

—¿Ustedes no?

Abrió mucho los ojos y a pesar de la sorpresa que experimentaban, también vi algo de furia en ellos.

—No estará tratando de acusarnos a nosotros, ¿verdad? De que mi madre y yo hayamos podido asesinarle. Eso sería monstruoso.

—No dije tal cosa —respondí—, pero a pesar de todo, es una posibilidad que usted apunta y no yo. Responda, ¿quiere?

Se encontraba en pie frente a mí en el momento en lo hizo, lo que lamenté ya que dejé de ver la maravilla fue sus piernas casi delante de mis ojos.

—Recibimos una parte, naturalmente, pero ese maldito chino se lleva la del león. Si alguien tuvo algún motivo para matarle es ese...

Indudablemente, *miss* Jessica

O'Brien

tenía complejo «chinesco».

Tampoco se lo dije y me limité a interrumpirla.

—¿No cree que es una acusación demasiado fuerte para formularla sin pruebas? —pregunté. Sus ojos chispearon.

Sí, tal vez sí, polizante —masculló entre dientes—. Pero si quiere un consejo, voy a dárselo. Pregunte a Tse Ling dónde se encontraba la noche en que mataron a mi padre.

Me sorprendí.

Rehecho un tanto pregunté:

—¿Dónde, Jessica?

Me sonrió, pero en su sonrisa no había alegría alguna.

—Eso es algo que no voy a decirle ahora, así como tampoco lo dije a los miembros de su Departamento cuando me interrogaron.

No insistí.

Me limité a hacer una pregunta:

—¿Mujeres?

—¿Cómo...?

—Le estoy preguntando, Jessica —atajé fríamente—, si además de su madre había otra mujer en la vida de su padre.

Me dejó helado cuando preguntó:

—¿Y qué hombre no la tiene, míster Benson?

—En el caso de míster

O'Brien,

Jessica, ¿había alguna?

Entrecerró los ojos.

—Ésa es una pregunta que deberá hacerle a

Sou-Ki

—vaciló un poco en tanto que una vez más me convertía en piedra y añadió cuando aún no había conseguido rehacerme—: Ése es otro buen motivo para asesinarle conociendo la mentalidad china.

Me sentí sarcástico al preguntar:

—¿Y usted la conoce, Jessica?

No se alteró, no cambió de expresión, y del mismo modo formuló una pregunta dando de lado la respuesta a la mía:

—¿Algo más?

Me puse en pie y la enfrenté abiertamente.

—Unas cuantas cosas.

—¿Cómo cuál...?

—¿Dónde puedo ver a su madre?

Arqueó una ceja.

—Si es de todo punto imprescindible —replicó—, venga mañana.

Ahora se encuentra bajo los efectos de un sedante y duerme.

No insistí.

No tenía fuerza para aquello, por lo que cambié el rumbo de la conversación con una nueva pregunta:

—¿Su padre tenía enemigos?

Y Jessica repitió:

—¿Qué hombre no los tiene?

Armándome de paciencia respondí:

—¿Alguno en particular? —Tse Ling, entre otros Hice un gesto de impaciencia.

—Dígame otros, ¿quiere?

—No lo sé, y le estoy diciendo la verdad. Y ahora, si ya ha terminado...

La interrumpí con un gesto.

—Gracias por todo, Jessica —dije—, confío que nos volvamos a ver.

—Eso espero —replicó ella con perfecta calma—. Y llevaré minifalda.

No quise decirle nada sobre este último detalle. Sencillamente me limité a formular una nueva pregunta, cuando ya me estaba dirigiendo hacia la puerta:

—¿Algún hombre, Jessica?

Ladeé la cabeza para mirarla tan pronto como la formulé.

Había levantado una de sus cejas y su gesto era interrogativo.

—¿Qué...?

—Me refería a usted misma.

—¡Ah! —Eso fue lo que dijo, y luego continuó—: Eso, polizante entrometido e impertinente, no le importa a usted.

Me marché de allí dedicándole una de mis más cordiales sonrisas, alcancé el ascensor, descendí hasta la planta baja, salí a la calle y una vez más empuñé el volante.

Mi conversación con Jessica

O'Brien

había sido un fracaso aunque no rotundo ya que quedaba

Sou-Ki

cuyo nombre iba unido al de

O'Brien

padre si es que daba crédito a las palabras de Jessica y por el momento no podía dudar de ellas.

Pool McKenna.

Por el momento era mejor dejar al teniente en paz, por lo que conduje directamente hacia mi oficina donde permanecí hasta la caída de la tarde.

Un bocadillo con jamón y una lata de cerveza, que enviaron del *snack-bar* de la esquina, gracias a ese invento que se llama teléfono, fue todo lo que tomé hasta que una vez más en el transcurso de aquel día me vi conduciendo el «Zodiac», ahora en dirección a Wall Street.

Vi el letrero tan pronto como levanté la cabeza para mirar.

Un letrero que ya estaba iluminado debido a que las primeras sombras de la noche empezaban a adueñarse de Nueva York.

TSE LING, DE SHANGHAI

Construcciones

No abandoné el coche.

Esperaba.

Cierto que no conocía a aquel maldito chino, como Jessica O'Brien

le calificaba, pero no ocurría lo mismo con su hija.

Fue bastante.

Consumí más de medio paquete de cigarrillos antes de que les viera a los dos.

Sou-Ki

colgada de su brazo, mostrando a las luces multicolores la belleza de sus piernas, desde mucho más arriba de medio muslo, y lo que era peor, es que los peatones también se daban cuenta del hecho, exactamente lo mismo que yo, pero el caso no era el mismo según mi modesta opinión.

Ciertas cosas me gustaban en exclusiva eso es todo.

Ensimismado en la contemplación de la muchacha no pude fijarme bien en el aspecto de Tse Ling ya que cuando pensé en ello, ambos habían subido a la «Limousine» negra que había estacionada frente a la puerta principal del edificio comercial donde aquel magnate de las finanzas tenía su sede.

Embragué y fui detrás.

Y pensé esperar, quizá toda la noche, en un trabajo completamente vano, pero no fue así, porque Tse Ling abandonó su casa sobre la medianoche.

Y al decir su casa me estoy refiriendo, naturalmente, a la quinta donde viera a

Sou-Ki

por primera vez.

Lo hizo por la parte posterior, lo que no me sorprendió, ya que fue una de las cosas que sospeché y por tanto me estacioné allí, como siempre, a la espera.

Vestía a la usanza europea y llevaba el ala del sombrero calada sobre los ojos pero a pesar de eso logré distinguir un tanto sus facciones cuando pasó bajo una de las iluminadas ventanas, camino del garaje.

Un «Buick» sedán del modelo más reciente, y al verle, me pregunté cuántos coches como aquél o como el mío podría tener aquel amarillo hijo de Confucio.

«Tlescientos mil», como diría él.

Lentamente retrocedí hasta el «Zodiac» y empezó la persecución en medio de la noche, por la carretera 21 y en dirección contraria a Nueva York.

No fue mucho.

Menos de tres cuartos de hora y entonces el chino abandonó la carretera por un desvío de la derecha y con un golpe de volante continué siguiéndole, llevando las luces de situación apagadas.

No deseaba que se diera cuenta de la persecución de que era objeto.

Una curva.

Lo adiviné cuando ante mis ojos vi desaparecer las luces piloto del «Buick» y reduje la velocidad temeroso de un encontronazo con aquél si el chino se le había ocurrido la genial idea de dejarlo atravesado en medio de la curva.

No fue así a pesar de que el coche se encontraba allí, muy cerca, a menos de cincuenta yardas, detenido junto a la orilla de aquella carretera secundaria, por lo que apliqué el freno lo más rápidamente que pude y maldije «in mente» cuando las cubiertas aullaron de modo lastimero dejando detrás del «Zodiac» cuatro tiras negras.

Dejé el motor funcionando al ralentí y miré alrededor, primero por la ventanilla derecha y luego por la del lado izquierdo.

Nada.

No se veía ni oía nada.

En el interior del «Buick», nada se movía.

Esperé un poco.

Nada.

Pasé la «Magnum» de la funda de la axila al bolsillo derecho de la americana, abrí la portezuela y abandoné el coche.

Miré alrededor.

Silencio y sombras.

Un poco más allá, bajo los árboles, el edificio sombrío de una casa en ruinas.

Introduciendo la mano en el bolsillo de la americana, acariciando la culata de la automática, avancé hacia allí preguntándome dónde diablos se habría metido Tse, y si habría tomado contacto con el chantajista.

Amparado bajo las sombras más densas de los árboles, rodeé un macizo de flores y repentinamente me vi frente a la puerta principal de la casa y de nuevo vacilé.

No me gustaba el silencio.

Estaba seguro de que había cometido una imprudencia al frenar de un modo tan brusco y que el sonido de las cubiertas de mi coche se había propagado a gran distancia por lo que no era nada extraño de que tanto el chino como el chantajista si es que

Sou-Ki

no se equivocaba en sus sospechas, me estarían esperando escondidos cualquiera sabía dónde.

Una vez más miré a mí alrededor y ahora extraje la automática de mi bolsillo y con ella en la mano, continué avanzando hacia la casa cuya puerta de madera carcomida colgaba de uno de sus enmohecidos goznes.

Frente a aquélla me detuve, introduje la mano en el otro bolsillo y saqué la lámpara de bolsillo, la encendí, pensando que tal vez Tse Ling estuviera muerto en el interior de aquella casa, empecé a andar llevando el cañón de la «Magnum» por delante de mí.

Crucé el umbral y me detuve dirigiendo el cono de luz a mí alrededor, hasta que le vi.

Muerto, con un puñal clavado en el pecho, pero no era The.

Ni saquera chino.

Con el dedo acariciando nerviosamente el gatillo, di un paso más y entonces algo me golpeó la muñeca armada. Gemí dejándola caer y me volví en redondo pero creo que ni siquiera llegué a completar el giro porque entonces, sin que sepa explicarme cómo, levanté los pies del suelo y creo... que volé, sin que aún, al cabo de los meses, sepa en qué dirección ni dónde aterricé de primer intento.

A continuación la noche se hizo sobre mí, y no me refiero a la

que me rodeaba desde que abandoné Nueva York para ir tras un «Buick» sedán, propiedad de un magnate chino.

CAPÍTULO III

Abrí los ojos.

Sobre mi cabeza las hojas de los árboles y las estrellas... y algo más.

Luces rojas que se encienden, que se apagan, que dan vueltas...; un coche patrulla y frente a mis ojos, un rostro duro, correcto, unos ojos pardos, una nariz fina, una boca de labios incoloros y un mentón tan cuadrado que parecía fabricado a golpes de martillo.

—Hola, fisgón —saludó—, un poco más y no lo cuentas.

El teniente Pool McKenna del Departamento de Homicidios.

Intenté una mueca que me salió torcida.

—¿Qué pasó? —pregunté intentando incorporarme ya que me encontraba tendido sobre el duro asfalto de la carretera—. ¿Qué diablos me ocurrió? ¿Fue un tanque o...?

Me interrumpió al pasar su brazo bajo mis axilas.

—Vamos, polizonte de vía estrecha, ponte en pie, ¿quieres?

Lo hice y miré en torno.

Una ambulancia y la desaparición del «Buick».

Tse Ling se había largado bonitamente, pero tanto yo como la policía sabíamos cómo y dónde encontrarle.

—¿Qué ocurrió?

Le miré suspicaz.

—Recibí un encargo, Pool —dije sabiendo que en aquel momento no me valdría evasiva alguna.

—¿Cuál?

—El de seguir a uno de esos magnates de Wall Street. A un tal Tse Ling de Shangháí..., aunque creo que tiene la ciudadanía americana y...

—Ahórrate palabras, Alf, que ya sé quién es Tse, ¿comprendes?

¿Quién te dio ese encargo y por qué le seguías hasta aquí?

Pasé por alto la primera parte de su pregunta y contesté:

—Me dijeron que estaba siendo víctima de un chantaje y que había retirado una fuerte suma del Central Bank y que posiblemente...

Continué explicándolo todo hasta el momento en que me golpearon, y al terminar, McKenna volvió a la carga con una nueva pregunta:

—¿Quién te dio el encargo, pesquisa?

Sonreí a pesar de que no tenía ganas de hacerlo.

—Es confidencial, Pool —dije—, por lo que te pido que no me fuerces a decírtelo.

Hizo una mueca de desagrado y en contra de lo que esperaba no insistió.

—¿Conocías al muerto?

Volví los ojos hacia la ambulancia.

—No —dije—, y si quieres que te diga la verdad, tampoco puedo decirte cómo es su rostro. No tuve tiempo de verle.

—Ven conmigo.

No me gustaba pero le seguí hasta la ambulancia, donde uno de los agentes de uniforme me mostró el cadáver.

—¿Le has visto alguna vez, Alf?

—No, y es la verdad.

—¿Estás seguro?

Se estaba poniendo pesado, pero era su oficio, por lo que me cargué de paciencia.

—Sí, Pool —dije—, lo estoy.

No respondió a aquello pero sí preguntó:

—¿Viste al coche?

—¿Qué coche?

—El que venías siguiendo.

Pensaba en

Sou-Ki

diciéndome que estaba traicionando a un cliente cuando contesté:

—Era un «Buick» sedán modelo del año pasado, Pool, pintado en negro.

—¿Recuerdas la matrícula?

—No.

Arqueó una ceja.

—¿No la recuerdas o no quieres decírmela, Alf?

—¿Por qué motivo iba a negarme a hacer una cosa como ésa, polizante?

—Porque estoy por asegurar que fue la bella hija de Tse Ling quien te metió en este embrollo. Fue ella, ¿verdad?

—Te dije...

—¡Cuernos! —exclamó—, sé lo que me dijiste, pero ese chino, luego de asesinar a ese hampón, se largó de aquí, y yo para detenerle necesito algo más que una simple marca de coche. La matrícula por ejemplo, Alf, porque o soy tonto, o ese chino está huyendo, y cualquiera sabe dónde se dirigirá.

—¿Sí...? ¿Y puedes decirme de qué le vas a acusar?

—De asesinato en primer grado. O mejor dicho, de dos asesinatos, ¿comprendes? Ese hampón posiblemente sabía algo de Tse Ling, y ese maldito hijo de Confucio se lo quitó de encima tan pronto como intentó hacerle víctima de un chantaje. Luego tú entraste en escena y posiblemente se asustó al verte con un arma de fuego en la mano cuando él se encontraba desarmado, ya que la única arma que llevaba, un puñal como en el primer caso, lo había dejado clavado en el centro del corazón de... Bueno, entonces te golpeó, quizá mediante una llave de judo y luego..., luego te mandó por el aire como si fueras una pluma y se largó de aquí, que era lo único que podía hacer.

Le miró pensativamente.

No carecía de fuerza su argumento, pero había algunas lagunas que no quise rellenar, quizá porque en aquel momento yo tampoco me encontraba seguro de nada.

—¿Por qué no me mató entonces? —pregunté—. Pudo hacerlo con absoluta comodidad. Cometido el segundo asesinato, muy bien podía cargar con otro, ¿no?

—Se asustó De eso no te quepa la menor duda, Alf. Tal vez si no lo hizo, luego de golpearte, fue porque vio u oyó algo que le hizo darse a la fuga sin completar lo que...

Le interrumpí.

—¿Es eso lo que vas a contarle al fiscal del distrito, Pool?

—Y alguna cosa más, pesquisa. —¿Por ejemplo...?

—Tengo pruebas. Dos puñales.

Me sobresalté.

—¿Dos...?

Su sonrisa era de suficiencia cuando respondió:

—Tengo la sospecha que este puñal de ahora, es idéntico al que le quitó la vida a uno de sus socios. A un tal O'Brien.

Pero esto ya lo sabías, Alf.

No respondí.

Media hora más tarde me fui a dormir, pero no pude conciliar el sueño en toda la noche.

La cabeza de Medusa estaba suspendida sobre la mía, y no me agradaba.

CAPÍTULO IV

Miré el teléfono.

Mudo desde las nueve de la mañana y eran cerca de las doce.

El *snack-bar* de la esquina.

¿Pedir un nuevo bocadillo y otra lata de cerveza?

Aquello era demasiado.

Me puse en pie pensando en un pequeño restaurante en plena calle 16, tomé la chaqueta del perchero, me la puse, el sombrero, y me volví hacia la puerta.

Allí estaba.

Fría, impasible, lejana, mirándome fijamente con sus grandes y negros ojos tan impasibles como su rostro de muñeca de bazar chino.

No dije nada.

Esperé durante toda la mañana a que me llamara por teléfono y ella había preferido venir en persona, y aquello tampoco me gustaba.

Cruzó el umbral de la puerta sin pronunciar palabra, sin dejar de mirarme, y se dejó caer en uno de los sillones. No cabalgó las piernas.

Continuó callada, sin dejar de observarme, sin que un solo músculo de su rostro se moviera.

Los ojos tampoco, pero obsesionaban por su fijeza. De haber tenido un par de brazos más, de encontrarse también sentada de otro modo, se la hubiera podido comparar con una de sus divinidades.

Con Siva, la diosa de la muerte, porque era eso precisamente lo que reflejaban sus ojos.

Repentinamente habló, y me sobresalté sin poderlo evitar ante el

hielo que había en todas y cada una de sus sencillas palabras:

—Fue usted, ¿verdad?

—Fui yo, ¿el qué, *miss* Ling?

—El que habló con la policía. ¿O va a negarlo?

—No puedo negarlo, y usted ya debería saberlo.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué les dijo que mi padre...?

—Ellos ya lo sabían —hice una ligera pausa y pregunté—: ¿Por qué no me lo cuenta todo? Pero desde un principio, querida.

Levantó una pierna y la puso sobre la otra, con entera desfachatez.

Me volví de espaldas, rodeé la mesa y fui a sentarme detrás del parapeto salvador de aquélla.

—¿Y...?

Sin dejar de observarme con su fija y enigmática mirada, Sou-Ki

empezó a explicarse:

—Se llevaron a mi padre, pesquisa, y de eso usted sólo tuvo la culpa. Van a acusarle de dos asesinatos, ¿comprende? La audiencia preliminar se celebrará pasado mañana a la diez.

Al parecer, el teniente McKenna y el fiscal del distrito tenían prisa por terminar con aquel asunto y comprendí por qué.

Tse Ling, a pesar de ser un extranjero nacionalizado en América, pesaba bastante en ciertas esferas sociales y el imperio del dólar siempre sería el mismo. Tanto el fiscal como el teniente tenían miedo a que la presa se les escapara de las manos debido a cualquier subterfugio de uno de los abogados del chino.

—¿En qué basa la policía una acusación como ésa, *miss* Ling? —pregunté.

—El puñal que encontraron en el cadáver de ese hampón, pertenece a la colección de mi padre —declaró ella con la misma frialdad de siempre—, pero él no le mató.

—¿No...?

No se movió, tampoco cambió de expresión ni sus ojos delataron nada de lo que pensaba en aquel momento, a causa de mi pregunta.

Simplemente respondió:

—No. No lo hizo.

Se puso en pie y se acercó a la mesa, se inclinó sobre mí y las profundidades de su escote en forma de V quedaron frente a mis

ojos.

Los desvié.

—¿Cuánto quiere por continuar con este caso, míster Benson?

Sou-Ki

está dispuesta a pagar una fortuna por la libertad de su padre.

—Puede ser culpable —objeté un tanto brutalmente, pero continuó sin estremecerse—. ¿Lo ha pensado usted?

—Sí; lo hice.

—Con el resultado...

—Ya se lo he dicho. Y ahora que sabe mi opinión y cuál es mi oferta, ¿qué piensa contestar?

—De acuerdo —dije un tanto vacilante—, pero se puede dar el caso que ambos nos equivoquemos.

—Lleva razón..., pero si es así, usted cobrará también —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Cuánto, pesquisa?

Vacilé, y ella vino en mi ayuda cuando añadió:

—Voy a darle quince de los grandes ahora, pesquisa, ¿entiende?, pero quiero resultados.

Abrió el bolso y extrajo exactamente quince billetes de mil dólares que depositó sobre la mesa, al alcance de mis manos.

No me moví porque pensaba que al intentar tomarlos, aquéllos se volatilizarían delante de mis ojos.

—Siéntese, ¿quiere? —Logré articular al cabo de varios segundos de silencio.

Lo hizo sin pronunciar palabra y de nuevo me miró desde las profundidades del sillón.

—¿Qué piensa hacer?

Pensé en Jessica.

En lo que Jessica

O'Brien

me había dicho.

—Antes que nada, *miss*...

—Llámeme

Sou-Ki,

pesquisa —me interrumpió.

—Antes que nada,

Sou-Ki

—dije obediente—, quiero hacerle unas preguntas.

—Dígame.

—Ante todo, ¿dónde se encuentra su padre en este momento?

—Ahora... estará llegando a nuestra casa.

—Libertad condicionada, ¿no?

—Sí, así es. El fiscal pidió cincuenta mil dólares como fianza y...

—De acuerdo —interrumpí—. Ahora otra cosa, ¿qué relaciones la unían a

O'Brien,

el socio de su padre?

—¿Cómo...?

No demostraba sorpresa alguna, exactamente como si hubiera estado esperando aquella pregunta desde mucho antes de formulársela, pero había aprendido a conocerla a pesar de su frialdad exterior y continué sin hacer caso.

—Hay quien dice que eran amantes, ¿no?

Sou-Ki

continuó sin pestañear cuando respondió:

—Lo que es completamente falso, pesquisa y si viviera, él mismo se lo diría. ¿Se imagina lo que puede ser un *affaire* entre una muchacha de veintiún años con un hombre de cincuenta y cuatro? —vaciló un poco y añadió—: No hay ningún hombre hasta el momento, míster Benson. El día en que nos casemos, comprenderá que le estoy diciendo la verdad.

La mesa se puso repentinamente a andar y la habitación a dar vueltas. Intenté sujetar a la primera y cuando lo conseguí mi despacho hizo lo propio; se quedó quieto.

Fue entonces cuando intenté decir algo, pero

Sou-Ki

se adelantó a mis deseos al añadir:

—También le mostraré que no soy tan fría como cree usted.

—¿He dicho eso?

—No, pero no ha dejado de preguntárselo ni un solo segundo desde el momento en que nos vimos por primera vez.

Me derrotaba en toda la línea, por lo que decidí cambiar de conversación y formulé una nueva pregunta:

—Dando por sentado que me dijo la verdad al referirse a

O'Brien,

deseo saber otra cosa.

—¿Y es...?

—Si por cualquier causa su padre muriera,

Sou-Ki,

¿a quién pasan las acciones de la compañía? ¿A usted?

Denegó con la cabeza.

—A la madre y a la hija. A *mistress* y *miss*

O'Brien,

pesquisa. Cierto que tengo fortuna personal, pero de la empresa no voy a recibir ni un solo centavo, aparte de unas miles de acciones que se me ocurrió adquirir.

Pensé rápidamente y pregunté:

—¿Ha comido ya,

Sou-Ki?

—¿Va a invitarme a hacerlo con usted?

—¿Y por qué no?

Se puso en pie sin dejar de mirarme y por segunda vez aquella mañana tomé el sombrero, pero ahora sí me lo puse.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro.

Se colgó de mi brazo tan pronto como salimos a la calle, diciendo:

—Tengo mi coche ahí, pesquisa. Dígame dónde y le llevaré.

Se lo dije y entramos en el «M G», modelo deportivo, pintado en rojo brillante.

Hicimos el viaje en silencio que continuó hasta que ambos nos encontramos sentados en una apartada mesa, lejos de miradas indiscretas, y fui yo el que lo rompió con una pregunta:

—¿Conoce a Jessica

O'Brien?

—Sí, claro.

Traté de conseguir algún cambio de luz en sus ojos, algo que me dijera si estaba o no sorprendida por mi repentina pregunta, pero no lo conseguí:

—¿Amigas?

—Lo fuimos.

—¿Ahora no?

—No.

—¿Por qué?

—Por causa de míster

O'Brien.

Verá, querido, salí muchas veces con él..., a cenar, al teatro, a algún que otro club nocturno, y ella fue la primera en creer algo que no era verdad ni mucho menos, por lo que dejé de hacerlo. Si hubiera conocido a míster

O'Brien,

ahora se daría cuenta de lo ridículo que puede resultar una sospecha como ésa.

—Volviendo a Jessica, ¿algún hombre?

—Jessica es una muchacha muy independiente, míster Benson.

—Lo que en otras palabras quiere decir...

—Que hay uno, pero sin que eso signifique que...

—Sí, lo sé —la interrumpí.

Y callamos porque en aquel momento empezaban a servirnos la comida que habíamos pedido.

Pero tan pronto quedamos solos, pregunté.

—¿Cómo se llama el amigo de *miss*

O'Brien?

Levantó los ojos del plato y me miró, y estuve a punto de maldecir al ver que su expresión era la misma de todo momento.

—Bob White —contestó.

—¿Y vive...?

—Eso no lo sé, pesquisa, pero si es un buen chico, y esta noche quiere gastarse conmigo parte de esos quince mil dólares que le he dado, lléveme al Pelicano y allí se lo presentaré.

—¿Cómo está tan segura de que irá?

—Jessica

O'Brien

—me contestó con perfecta calma.

—¿Olvida que su padre acaba de morir asesinado?

—Ése no será motivo suficiente para que Jessica deje de asistir a ese club si está segura de que va a encontrar a míster White. Por otra parte, creo que aunque no fuera así, el mero hecho de que me deje acompañar por usted, ya es suficiente.

No respondí.

Aunque no soy un caballero como ya especificué en cierta ocasión, hay algo que un hombre no debe hacer delante de una

dama, y es, entre otras, maldecir.

Por eso preferí callar, pero

Sou-Ki

no lo hizo, ya que añadió casi a continuación:

—Puestos de acuerdo, pesquisa, le espero esta noche a las nueve treinta en la calle 19 Oeste, número 985, piso decimoquinto, apartamento 98, letra A.

—¿Qué...? Creí que...

—Sou-Ki tiene un apartamento para ella sola, ¿comprende, pesquisa? Algunas veces deseo apartarme de todo esto y descansar un poco, y nada mejor que allí, donde nadie turba mi paz.

Una vez más di la llamada por respuesta y continué comiendo sin querer darme cuenta de que

Sou-Ki

no dejaba de observarme ni un solo segundo.

Terminada la comida pregunté:

—¿Nos vamos?

—Sí, claro —hizo una pausa y preguntó—: ¿Dónde quiere que le lleve?

—A mi oficina.

—Y luego, ¿qué hará?

—Me daré una vuelta por ahí. No sé si conseguiré algo, pero voy a tratar de hacer algunas comprobaciones.

No me preguntó cuáles ni yo se lo dije.

Subimos al «M G».

Y cuando creí que arrancararía sin más, se volvió a mirarme.

—¿Por qué no trata de comprobarlo ahora, pesquisa?

No la comprendí aunque no tardé en hacerlo cuando

Sou-Ki,

deslizándose materialmente sobre el asiento, se me acercó para ofrecermme sus labios.

No vacilé y mis manos, como obrando por cuenta propia, fueron a su cintura.

La besé.

Me guardó la impresión para mí y callé, no deseando dar al traste con todo.

Sou-Ki

tampoco pronunció palabra cuando se separó de mis brazos y

empuñó el volante y me pregunté si además de los dólares que pagaba por algo tan descabellado como descubrir a un asesino cuando el tiempo era tan corto, se me ofrecía como señuelo para vendar mis ojos al objeto de que los cerrara en torno a su padre porque éste era ni más ni menos que el asesino.

Fuera lo que fuese, estaba dispuesto a seguirle la corriente hasta donde quisiera llevarme.

Al fin me vi solo, en la acera, mientras el «M G» se perdía calle abajo por entre el tráfico de aquella hora y dudé entre ir a mi oficina para ver si había algo nuevo o hacer lo que me había propuesto antes de que llegara la noche y con aquélla mi cita con Sou-Ki.

Hasta que me decidí por lo segundo.

Fui al garaje y de un modo repentino me vi conduciendo en dirección a la carretera 21.

Una quinta de ladrillo rojo.

Una cabaña de dos plantas, teléfono, piscina en forma de corazón... y Tse Ling.

Sou-Ki,

su bella hija, me había dicho que a aquella hora era muy posible que estuviera allí, y yo deseaba hablar con él.

Una hora; sesenta minutos en el transcurso de los cuales no dejé de pensar ni un solo segundo en el chino que me golpeará de aquel modo la pasada noche.

Vi la quinta e hice con el volante del coche lo que la primera vez...

Tres minutos más tarde me encontraba frente a él.

Y no estaba en bikini ni mucho menos, cosa que no lamenté, claro.

CAPÍTULO V

En el umbral de la puerta que daba acceso al interior de la quinta, cubierto por una especie de kimono de seda natural, con los consabidos dragones cuyas horribles cabezas lanzaban chorros de fuego, y mirándome con la misma impasibilidad pagana que horas antes lo hiciera su hija.

Subí los escalones que daban al porche y le enfrenté abiertamente sintiéndome examinado por sus ojos incoloros pero brillantes, ojos oblicuos de abultados párpados, y por un rostro surcado de arrugas que nada me dijo respecto a su edad, porque para mí, todos los chinos eran iguales.

Sus manos, según la usanza china, se encontraban escondidas dentro de las mangas del kimono y me pregunté cómo serían cuando sin esfuerzo alguno me había convertido poco menos que en un avión supersónico.

Pero lo que dije fue:

—Tse Ling, ¿verdad?

—Sí, así es. Y usted sel el hombre que yo golpeal anoche. El más indigno de los chinos pide humilde peldón a místel Benson. Yo legistlal caltela y pol eso sabel quién sel usted —se apartó de la puerta y añadió mientras le miraba un tanto sorprendido—. Si quelel, podel pasal a mi humilde molada.

Entré y en silencio le precedí hasta el *living*, tan lujoso y bien amueblado como el resto de la casa.

—¿Quelel sental? —Y me sonrió por lo que me sorprendí aún más—. Usted estal solplendido de que Tse no hablal colectamente el inglés como

Sou-Ki,

¿veldad? —Y él mismo se dio la respuesta cuando añadió—:

Sou-Ki

estudial en Palís y humilde chino en Cantón. Esa sel la difelencia que habel entle los dos.

No respondí.

Apabullaba con tanta verborrea.

E hizo una pausa que duró segundos y de pronto preguntó:

—¿Pol qué seguil a chino anoche, místel Benson?

—Recibí un encargo, míster...

—Usted llamal Tse, ¿complende?

Dije que sí y continuó:

—¿Pol qué? ¿Quién?

—Se me dijo que le estaban haciendo un chantaje. ¿Es eso cierto?

Contestó con otra pregunta:

—¿Sou-Ki?

—Es confidencial.

—Chino complende —respondió—, pelo no le gusta —vaciló un poco y a continuación preguntó—: Ahola, ¿qué quelel?

—Haceple unas preguntas.

—

¿O'Blien...?

—Sólo en parte, Tse.

—Chino escucha.

Dudé irnos segundos mientras mi mente trabajaba a marchas forzadas y finalmente pregunté:

—Mató usted a esos dos hombres. Uno de ellos, O'Brien, era su socio, ¿verdad?

—Ela, desde luego, y no voy a contestal a esa plegunta. Nadie cleel a Tse. Ni policía, ni el fiscal del distlito... Tan sólo Sou-Ki.

No insistí en la pregunta sabiendo que Tse Ling no respondería a ella haciendo exactamente lo que acababa de afirmar, pero sí formulé otra:

—¿Dónde se encontraba en el momento en que mataron a míster...?

—Chino no sabe, no lecuelda. Chino no va a contestal a más pleguntas.

Me puse en pie y me imitó, siempre con las manos dentro de las amplias bocamangas del kimono.

—¿Ya se malcha?

—Sí —dije un tanto secamente—. Pero antes voy a decirle algo, míster Ling, está acusado de asesinato, ¿entiende? Salió bajo fianza, pero eso no significa nada, ya sabe que si no me ayuda, jamás saldrá a la calle después de la audiencia preliminar, y su hija se encontrará muy sola.

No cambió de expresión.

Sencillamente se limitó a contestar con una calma aterradora:

—Chino saber todo eso y no impoltal.

—No, a menos que sea usted el asesino, Tse.

—Chino no más pleguntas, ¿complende? Pide peldón, pelo no quelel contestal.

Una más —dije—, ¿puedo?

—Sí.

—¿Qué relaciones unían a *miss* Ling con O'Brien?

Repentinamente, su rostro tomó la impasibilidad de piedra de un Buda.

—Elan amigos, buenos amigos, pelo *miss* Jessica no lo vio así.

—¿Ella o su madre?

—Las dos.

—¿Nada más que amigos, Tse?

El Buda que había en su rostro no se alteró.

—Nada más. Y ahola, pesquisa, Tse pide peldón, pelo tenel tlabajo ahí dentlo.

Y por primera vez vi una de sus manos cuando la sacó de aquella especie de funda de seda para señalar hacia atrás, por encima de su hombro.

—Tse acompañal a la puelta.

No respondí y el uno detrás del otro salimos al porche.

Allí me volví a mirarle.

—Creo que no puede moverse de su casa, ¿verdad?

—Chino no podel, efectivamente.

—Pero piensa hacerlo, ¿no?

—Pesquisa inteligente, vel cosas que sólo existil en su imaginación —se inclinó hacia mí y me despidió—: Tse sentilse

muy honrado con su visita, místel Benson.

No respondí.

Regresé al coche, di el encendido, embragué y puse rumbo a Nueva York.

Pensaba en muchas cosas y ninguna de ellas era agradable.

Dos asesinatos y un chino acusado de aquéllos.

Un chino que no quería hablar, que no hablaría, que en Nueva York ni quizá en su propia tierra, habría fuerza humana para obligarle a hacerlo si él no lo deseaba, y me pregunté por qué.

¿Conocía acaso la identidad del asesino?

Podía ser, si es que él no era ese mismo asesino.

Muy tranquilo, muy frío, aparentando una extraordinaria calma, pero aquello, a mis ojos, y después de haber conocido a Sou-Ki,

no significaba absolutamente nada.

Un *snack-bar*.

Detuve el «Zodiac» frente a la puerta y entré.

—*Whisky*.

Me lo sirvieron y empecé a paladearlo con el pensamiento puesto en la muchacha china y en sus piernas de ensueño. Lástima que tuviera ideas casamenteras.

Bebí un nuevo sorbo.

McKenna.

Dejé el *whisky*, abandoné la barra y me acerqué a una de las cabinas telefónicas.

Disqué.

Unos segundos más tarde me ponía al habla con el teniente.

—¿Un nuevo cadáver, Alf? —preguntó—. Si es así, cómetelo, que ahora tengo mucho trabajo.

—Es el mismo de antes —respondí.

Al instante y a pesar de sus palabras, se interesó.

—¿Qué cadáver?

—El de ese hampón. ¿Qué sabes de él?

Contuvo el aliento, a continuación lo soltó de golpe, y preguntó:

—¿Qué diablos estás tratando de hacer, pesquisa?

—Atar algunos cabos, polizonte —repliqué.

Resopló como un fuelle antes de decir:

—Cuando empiezas a atar cabos, como tú dices, Alf, yo pierdo el

sueño —hizo una pausa y continuó al cabo de tres o cuatro segundos de silencio—: ¿Qué hay de ese hampón?

—¿Quién era? —pregunté a mi vez—. ¿Lo identificaron?

—Todavía no. ¿Por qué? Aquí, en Nueva York, no tiene prontuario policiaco.

Hice una ligera pausa y respondí:

—Lo que nos deja en el mismo lugar, ¿no?

—Supongo que ése será tu caso, ¿verdad? Yo tengo al asesino. El que haya salido en libertad hasta la encuesta no quiere...

—Ya lo sé —le interrumpí—, pero yo, en tu caso, no estaría tan seguro de eso.

—¿Qué diablos quieres decir?

Sonreí al auricular, pero mi sonrisa era la del conejo.

—Sencillamente, que existen muchas lagunas en torno a la historia que puedas contarle al fiscal, teniente, y tú lo sabes. Un buen abogado, y Tse Ling debe tenerlos, desbaratará esa acusación. No lo olvides.

—Hay pruebas más que suficientes para mandarle a la silla, Alf. Por tanto, no insistas, que no voy a retirar la acusación ni mucho menos.

No te lo estoy pidiendo. Es nada más el aviso de un amigo.

Por segunda vez noté cómo contenía el aliento y al Segundo siguiente me llegó su pregunta:

—¿Qué es lo que tú sabes que yo no sepa, pesquisa?

—Nada aún, y te digo la verdad, Pool. No obstante, mi consejo es que te andes con pies de plomo en este asunto.

—¿Crees acaso que no sé lo que me juego si luego resulta que me equivoqué?

Era lo que yo había pensado.

El miedo a la fortuna de Tse Ling y lo que éste pudiera hacer con sus dólares, en contra suya.

—¿Qué hay de ese hampón?

Pensé rápidamente, ya que la pregunta del teniente había roto el hilo de, mis pensamientos y respondí:

—Quizá, si supiéramos quién es y a qué se dedicaba en Nueva York, pudiera decirte algo más.

Siguió una pausa que se me hizo desmesuradamente larga, hasta que el propio McKenna la rompió:

—Entonces, Alf, tú no crees que Tse Ling matara a Q'Brien y al hampón, ¿verdad?

—Pudo hacerlo, efectivamente —dije, quizá sorprendiéndole—, pero estimo que no tienes suficientes pruebas para enjuiciarle con acierto. Te basas en los puñales, y cualquiera pudo tomarlos de su casa, ¿comprendes? Investiga, Pool, es un consejo. Tú, lo mismo que yo, tienes tiempo hasta pasado mañana. No lo olvides.

Un nuevo silencio, y preguntó:

—¿Me estás hablando por tu boca, o por la de Sou-Ki?

Esa chiquilla es muy hermosa, Alf. Una verdadera muñeca.

Le dediqué una pensativa mirada al auricular.

—Lo sé —dije no menos pensativamente—, pero ése no es el caso.

—¿No...?

—No, Pool, ni mucho menos —retruqué.

Se hizo un tercer silencio que rompí yo.

—Te volveré a llamar, Pool —dije.

—¡Espera!

—¿Sí...?

—Escucha, Alf, si averiguas algo que yo no sepa, te agradeceré que me lo digas, ¿comprendes?

No vacilé en contestar:

—Tienes mi palabra, teniente.

Corté la comunicación sin esperar su respuesta y regresé a la barra.

Consulté el reloj.

Las nueve.

Calle 19 Oeste.

Conduje hacia allí sin dejar de pensar.

Busqué el número y entré en el portal recto hacia el ascensor.

Ya en la puerta que daba acceso a su apartamento, levanté la mano y pulsé el zumbador.

Debería estar esperando la llamada, porque abrió casi al instante y confieso sin rubor alguno, que perdí el aliento nada más verla.

Iba de blanco con un minivestido con falda de amplio vuelo, mostrando las piernas perfectas.

La estola que llevaba en las manos era de visón y sus ojos, grandes y negros, se mostraban tan fríos e inexpresivos como en todo momento, pero yo sabía que no era tan fría como aparentaba.

No, ni mucho menos.

Un solo beso, dado en el interior de su coche, me había dado la medida exacta de aquello.

—¿Nos vamos?

Fue ella la que formuló la pregunta y respondí.

—Sí, ahora mismo —y con desagrado noté que mi voz sonaba levemente ronca—, pero antes,

Sou-Ki,

voy a besarla a usted.

Di un paso, alargué las manos hacia su cintura y ella vino a mis brazos con aterradora sencillez por lo que ambos, allí en el umbral de la puerta de su apartamento, permanecemos abrazados y por segunda vez noté que sus labios eran de fuego en violento contraste con la expresión de sus ojos, que no cambió aun cuando al separarse de mí dijo sin dejar de mirarme:

—Tendré que hablar con míster Tse Ling para que le llame la atención por sus libertades, pesquisa... o para que le obligue, a punta de pistola si es preciso, a que se case conmigo.

—¿Boda china,

Sou-Ki?

—pregunté.

—¡Oh, no! Un juez de paz y... usted y yo, querido.

Fue entonces cuando por primera vez la vi sonreír y me quedé mudo porque tenía la sonrisa más maravillosa que había visto en boca de mujer alguna.

Vamos —dijo sin dejar de hacerlo—, o se nos hará tarde para ver a Crystal Dumeine.

—¿Quién es...?

—La máxima atracción del club, pesquisa. Se exhibe y es francesa. Le gustará.

—¿Buenas piernas?

Su bonita sonrisa se esfumó justo en el momento en que se colgaba de mi brazo.

—Sí —dijo—, pero no mejores que las de

Sou-Ki.

No respondí por lo que alcanzamos la planta baja y la calle en el más completo silencio, que ella rompió tan pronto como nos encontramos en el interior del «M G», y con una pregunta:

—¿Va a casarse con

Sou-Ki,

míster Benson?

Me estaba mirando a los ojos con aterradora fijeza y me pregunté si entre otras, también tenía la cualidad de poder adivinar los pensamientos.

—¿Me haría esa misma pregunta si su padre fuera culpable de asesinato y enviado a la silla eléctrica?

—Sou-Ki responde que sí.

—¿Por qué?

Desvió los ojos de los míos, empuñó el volante y dando la callada por respuesta condujo hacia él Pelicano.

Entramos en el club cogidos de la mano, y casi desde la misma puerta lanzamos una mirada hacia la encerada pista y luego a las mesas, la mayoría de las cuales se encontraban desocupadas tal vez porque la pista se hallaba materialmente abarrotada de parejas.

—¿Bailamos —pregunté—, o prefiere que nos sentemos?

—Nos sentaremos, pesquisa. Luego... podrá tomarme en sus brazos, pero antes quiero beber algo.

—¿Por ejemplo...?

—Un «Manhattan».

Pedí dos a una de las meseras y regresé mis ojos a Sou-Ki.

La muchacha china observaba la pista.

Hice lo propio, pero ni allí ni en las mesas pudimos ver a Jessica.

Pregunté:

—¿Ha visto a míster White?

No desvió los ojos de las mesas cuando respondió:

—No, aún no, pero ya debe haber llegado —y como si intuyera que me había sorprendido me miró, añadiendo a continuación—: Debe de estar en el camerino de Crystal.

—Explique eso,

Sou-Ki,

¿quiere?

—¡Oh! Son amigos.

—¿Muy amigos...?

—Cierto que sí. Por lo menos eso es lo que se comenta... y *miss*

O'Brien

lo sabe.

—¿Y con *miss*

O'Brien?

—También, pero de otro modo.

No insistí.

Por el momento aquello no me interesaba.

A mi lado,

Sou-Ki

empezaba a beber despaciosamente.

—¿Bailamos?

Me miró, lanzó una fugaz mirada alrededor y entonces dijo:

—Cuidado, pesquisa, ahí viene White.

No sabía de dónde había salido, pero efectivamente, como ella dijera, míster Bob White se estaba acercando a nuestra mesa llevando una untuosa sonrisa en los labios que sin saber por qué me crispó.

Alto, parecido a un atleta olímpico, rubio, de ojos pardos, muy oscuros, rostro correcto, elegantemente vestido y muy joven ya que su edad no pasaría de los veintiséis años.

—Buenas noches —dijo al llegar a nuestro lado—. Hola, querida.

Se inclinó sobre

Sou-Ki

y con estupor vi cómo ella le ofrecía los labios que White besó fugazmente.

—¿Puedo sentarme?

—¡Claro que sí!

Tomó una de las sillas, la acercó a la mesa y se sentó frente a mí, al lado de la muchacha china.

Sentí tentaciones de maldecir pero me las guardé para mejor ocasión.

White me estaba mirando cuando preguntó:

—¿No me lo presentas,

Sou-Ki?

Le dedicó una sonrisa.

—Mister Benson, un amigo mío —dijo—. Mister Benson, Bob White, otro amigo.

Nos estrechamos las manos en silencio, que White rompió:

—Perdone si la besé, pero se da el caso de que *miss* Ling y yo...

Bueno, hubo una época en que ambos pensamos casarnos.

Me sentí mordaz cuando respondí:

—Y ahora, ¿quién es la nueva candidata, Crystal Dumeine?

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! Voy a casarme, dentro de una semana, con *miss* Jessica

O'Brien.

—Me sorprendió ya que Jessica no hizo mención a aquello cuando ambos hablamos. —Le felicito.

—Gracias.

Hice una pausa y pregunté:

—¿Lo sabe *miss* Dumeine?

—Cierto que sí. ¿Por qué?

Y me miró con asombro.

—¿Y no se ha sentido molesta?

Pareció caer en la cuenta de algo ya que sonrió:

—Lo dice por... por... ¿verdad? —vaciló un poco y continuó—: Cierto que sí, pero ya no hay remedio. Crystal es una buena muchacha, una mujer muy hermosa, si quiere, mucho mucho más que *miss*

O'Brien,

pero no conviene como esposa.

—¿Tal vez como amante? —aventuré.

—Eso es otra cosa... —Me miró pensativamente y añadió—: Y a todo esto, ¿a qué vienen tantas preguntas?

Fue la propia

Sou-Ki

la que respondió:

—Está tratando de descubrir al asesino de mister

O'Brien,

Bob, ¿comprendes?

White la miró.

—No —dijo.

—Pues es sencillo. Mister Benson es... entre otras cosas, el prometido de

Sou-Ki,
y uno de esos pesquisas de Nueva York. Un detective privado.

Me dejó helado.

Por lo de prometido, claro.

—Lo celebro —respondió White, sin mirarme—, pero eso no le da derecho a...

Le interrumpí haciendo que volviera los ojos en mi dirección:

—No, desde luego no, pero puedo llamar al teniente McKenna de Homicidios y explicarle algunos puntos que se me acaban de ocurrir.

—¿Sí...? ¿Me los puede decir a mí?

—Como, por ejemplo —respondí sin hacer caso del sarcasmo que encerraban sus preguntas—: tal vez le interesara saber dónde pasó la noche que mataron a míster O'Brien.

—¿Necesito contestar a esa pregunta, míster Benson?

—No, si no lo desea.

—Bueno... se trata... En fin, no desearía que lo supiera *miss* O'Brien, pero a esa pregunta puede contestar la propia Crystal. Puede preguntarle si quiere.

—Lo haré —afirmé fríamente—. Entretanto, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—¿Cómo veía Tse Ling sus relaciones con Sou-Ki?

Arqueó las cejas.

—¡Pero, pesquisa —se burló—, usted está sospechando de mí!

Continué sin hacer caso y respondí:

—Conteste, ¿quiere?

White desvió los ojos de los míos y los clavó en el bello y exótico semblante de

Sou-Ki.

—*Miss* Ling es la que puede contestar a eso, pesquisa —dijo sin dejar de mirarla.

Sou-Ki

fue a responder, y en aquel momento se apagaron las luces.

Unos minutos más tarde, no más de tres, vi a Crystal Dumeine

interpretando una de esas danzas japonesas de abanicos, y supe lo que la muchacha china quiso decirme cuando afirmó me gustaría.

A mi lado oí la respiración silbante de White y luego sus palabras:

—Discúlpeme de

Sou-Ki,

pesquisa, pero ahora debo irme. Se me está haciendo tarde y tengo una cita con *miss*

O'Brien.

Estamos terminando de preparar las cosas para la boda.

Se puso en pie y se alejó en dirección a la puerta de la calle, sin haber respondido a mi pregunta.

En la pista, Crystal daba fin a su primera actuación de la noche.

A mi lado, mientras ella se retiraba hacia su camerino, seguida por el estallido de los aplausos,

Sou-Ki

se volvía a mirarme.

—Apuesto a que estás deseando ir a verla, ¿verdad, Alf? —me tuteó.

Correspondí al contestar:

—Creo que es necesario que lo haga, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero no le pidas una cita para más tarde.

—¿Por qué?

—Porque

Sou-Ki

quiere bailar contigo y que luego la acompañes a su casa.

—¿A la quinta?

—No, claro que no. A mi apartamento.

Me puse en pie.

—Voy a intentarlo, querida —dije—, pero antes deseo hacerte una pregunta.

—Voy a contestar a ella ahora mismo, Alf. Tse Ling, mi padre, no veía con muy buenos ojos mi matrimonio con Bob White.

—Después me explicarás eso —fue lo que le dije un segundo antes de dar media vuelta para empezar a cruzar por entre las mesas en dirección a los camerinos situados al fondo del local, tras los cortinajes de brocado que había en el otro extremo del salón.

Me respondió, pero noté la fijeza aterradora de sus ojos en mi

espalda.

CAPÍTULO VI

Vi su nombre en la tercera puerta a mano derecha y llamé con los nudillos.

—Adelante —dijo—, está abierto.

Entré.

Estaba terminando de ponerse un vestido, cara a la puerta, y arqueó una de sus finas y elegantes cejas pelirrojas mientras sus azules ojos reían.

—Pase y cierre, querido —dijo—, y venga aquí, me ayudará con la cremallera de este vestido.

Lo hice y al terminar, dio media vuelta y me enfrentó.

—¿Puedo saber quién es usted y qué quiere de mí?

—Tengo el cargo de mayordomo —dije.

Me respondió al instante y se echó a reír.

—Es una buena respuesta —respondió—, pero eso no me dice el motivo.

—El motivo puede ser míster Bob White —la interrumpí.

Sus azules ojos se helaron.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hice y me miró pensativa cuando preguntó:

—¿Qué hay de Bob?

Respondí con otra pregunta:

—Ustedes son dos muy amigos, ¿verdad?

Arqueó una ceja y por el brillo de sus ojos comprendí que la pregunta no le agradaba ni poco ni mucho.

—Puedo decirle que sí. ¿Algo más?

—Estoy investigando un asesinato —se envaró pero hice como si no me diera cuenta—, y quiero saber dónde se encontraba White cuando ocurrió el hecho.

—¿No se lo dijo él?

Pensando que quizá no nos hubiera visto aquella noche, por lo menos juntos, respondí:

—No tuve tiempo de preguntarle.

—En ese caso, ¿quiere decirme a qué asesinato se refiere y quién es usted? Que yo sepa, aún no se ha identificado.

Tampoco pensaba hacerlo, pero el comentario decidí guardarlo para mí.

—Mataron a un hombre llamado

O'Brien,

padre de una muchacha que dentro de una semana va a casarse con el hombre que es su amante, *miss Dumeine* —respondí.

Se dejó caer en una silla y me miró.

Estaba sonriendo, burlándose de mí.

—Muy listo, polizonte —dijo—, pero la policía ya tiene al asesino. Lea el periódico y lo verá. Tse Ling, magnate chino de Wall Street, presunto asesino de..., puesto en libertad vigilada. Eso es lo que dicen entre otras cosas. Por tanto, lárguese y deje de molestar. La encuesta va a celebrarse pasado mañana y pienso asistir a ella. ¿Satisfecho?

—No.

—¿Por qué?

—Porque aún no me ha dicho dónde se encontraba *míster White*...

—No voy a decírselo, ¿comprende? No es cosa mía ni mucho menos. Tampoco voy a contestar a ninguna de sus preguntas —se puso en pie, pasó por mi lado y abrió la puerta de su camerino—. Vamos, salga.

Lo hice añadiendo algo más antes de que ella cerrara la puerta en mis narices.

—Tal vez mañana reciba la visita del teniente McKenna, *miss Dumeine*, y espero que no le agrade.

No respondió, me dio con la puerta en la cara y retrocediendo sobre mis pasos me acerqué a la mesa que ocupaba Sou-Ki,

la prendí de un brazo y tiré de ella hacia la pista.

No me preguntó nada, no pronunció una sola palabra, pero correspondió a la caricia cuando en una de las vueltas la besé en los

labios.

Crystal Dumeine actuó tres veces más, durante el resto de aquella velada, y al terminar, prendí a

Sou-Ki

por un brazo y ambos abandonamos el club.

Sou-Ki

detuvo el «M G» en la puerta del edificio donde tenía instalado su apartamento y entonces me miró.

—¿Subes conmigo? —preguntó.

—¿Es eso lo que deseas?

—Sí.

No respondí pero abrí la portezuela y abandoné el coche que rodeé para abrir la contraria y ella descendió.

Utilizamos el ascensor,

Sou-Ki

abrió la puerta, encendió las luces del pasillo y avancé detrás de ella hacia el lugar donde necesariamente tenía que estar instalado el *living*.

No era así.

Al cruzar el umbral me detuve en seco, cerré los ojos, y cuando los abrí, la visión continuaba. Era algo así como, si repentinamente me hubiera trasladado a la China milenaria, pues el apartamento estaba amueblado de aquel modo hasta en sus más mínimos detalles.

La oí preguntar:

—Sorprendido, ¿verdad?

—Sí, claro.

Me indicó un lugar para que me sentara y cuando lo hice añadió:

—Voy a prepararte algo para beber.

Se fue por una de las puertas dejándome solo para regresar al cabo de los cuatro o cinco minutos llevando en las manos un par de copas con un líquido incoloro.

Me dio una y paladeé el licor.

Con una vaga idea en la mente pregunté:

—¿Qué es esto,

Sou-Ki?

Me sonrió.

—Sake —dijo—. Bebida japonesa, pero
Sou-Ki
sabe cómo se hace.

No respondí, bebí un poco y me puse en pie.

No cambió de expresión cuando dijo:

—Creí que ibas a quedarte.

—¿Lo deseas tú?

—Si no fuera así, no te lo pediría.

Sin responder me incliné sobre sus labios.

Al día siguiente empezaron a ocurrir cosas con endiablada
rapidez.

CAPÍTULO VII

Tomé un taxi hacia el garaje donde guardaba mi coche y ya con el volante en las manos me encaminé hacia la oficina.

Entré cuando el teléfono estaba sonando.

Un tanto sorprendido me acerqué a la mesa, tomé el auricular y escuché:

—¿Alf...?

Aquél era yo, y el otro, el que llamaba, el teniente McKenna.

—Sí, Pool... —respondí.

—¿Dónde cuernos te metes, pesquisa? He estado llamando cada diez minutos a tu apartamento, durante toda la noche y... y...

Pensé en la bella

Sou-Ki

y respondí:

—No me encontraba en casa, sabueso. ¿Algo más?

—¿Qué sabes de Tse Ling?

—¿Qué...?

—¡Escucha, pesquisa idiota —gritó—, no me gastes ahora uno de tus trucos o te arrepentirás!, ¿comprendes?

Dije que no, que no le comprendía, y continuó gritando:

—Ese chino del infierno ha desaparecido, ¿sabes? No se encuentra en su casa y al parecer nadie le ha visto allí ni en parte alguna. Tengo a varios vigilando su sede de Wall Street, pero al parecer se lo ha tragado la tierra.

Calló y pregunté:

—Por lo que veo, Pool, tú tienes la genial idea de que yo tengo algo que ver en esa desaparición, ¿no es así?

—¿Y no es verdad? Tu amistad con la hija, más lo que ella te está pagando para que investigues un caso que ya está perdido de

antemano.

—Deja en paz a *miss* Ling, Pool, y vamos a otra cosa, ¿no?

—¿Esa otra cosa es Tse Ling?

—Sí, así es... y yo, mal que te pese, no sé qué ha sido de él ni dónde puede encontrarse. ¿Por qué no preguntas a la propia *miss* Ling...?

—Porque tampoco se encuentra en su quinta.

Aquello ya lo sabía yo, pero no quise aclararle el punto.

Lo que hubiera entre la bella china y yo, era cosa exclusivamente de los dos.

—En ese caso...

—Tienes exactamente cinco minutos para decirme qué fue lo que hiciste con el chino, Alf. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Cómo diablos quieres que te diga qué...?

—Cinco minutos, o iremos por ti. Piénsalo, muchacho.

No me dio tiempo a contestar; cortó la comunicación y maldije entre dientes mientras colocaba el auricular sobre su soporte.

Cinco minutos eran muy pocos para tratar de averiguar algo. Ni siquiera lo tenía para comunicarme con

Sou-Ki,

cosa que no iba a hacer ni mucho menos, pues no deseaba alarmarla.

Miré alrededor, como si el amarillo Tse Ling fuera a aparecer delante de mí por obra y gracia de algún especial encantamiento, y al hacerlo fue cuando tomé una determinación.

Ni por pienso iba a quedarme allí en espera de la llegada de mi amigo el teniente, seguro como estaba de que a pesar de nuestra mutua amistad me iba a hacer pasar un mal rato.

Cerré la oficina y salí a la calle.

No utilicé mi coche conociendo como conocía los métodos de la policía y me encaminé todo lo más rápidamente que pude al «subway».

Descendí una cuadra antes de llegar al Pelicano, donde entré, tomé un *whisky* y mediante un billete de cien dólares, de los que salían del interior del bolso de

Sou-Ki,

averigüé la dirección de Crystal Dumeine.

Ahora tomé un taxi y tres cuartos de hora más tarde me

encontraba andando, una vez más, hacia el número 980 de la calle 53 Oeste.

Un edificio de apartamentos.

Entré en el portal y miré las tablillas indicadoras.

Allí estaba.

Crystal Dumeine, piso decimoquinto, apartamento 195, letra R.

Subí empleando el ascensor y una vez en el pasillo busqué el número y la letra correspondiente.

Pasillo desierto, silencioso, como muerto, y sin saber por qué no me gustó aquel silencio, aquella tranquilidad, que iba a romper tan pronto como utilizara el botón del timbre para llamar.

Lo hice y esperé.

Silencio.

Volví a llamar, y al hacerlo, fue cuando me di cuenta de que la puerta que daba acceso al interior se encontraba entornada.

Me envaré, vacilé entre largarme de allí lo más rápidamente o entrar, y opté por lo segundo, pero antes de hacerlo, utilizando el pañuelo, borré cualquier clase de huella que mi dedo pulgar hubiera podido dejar en el botón del timbre, y lo hice aun sin saber lo que iba a encontrar en el interior del apartamento de *miss* Dumeine, contando con que encontrara algo.

Me puse los guantes, empujé la puerta llevando la automática en el bolsillo de la americana y cerré a mi espalda.

Silenciosamente, procurando no hacer el menor ruido, avancé hacia el *living*.

Vacío, silencioso como el resto del apartamento.

Miré a mí alrededor.

Nada sospechoso.

Al parecer todo se encontraba en su sitio.

Dos puertas frente a mí, al otro lado del *living*.

Empuñé la «Magnum» y empujé una, la de la derecha.

El lavabo, tan vacío como todo lo demás.

La otra.

El dormitorio y en él centro de aquél, con un tiro en el centro del seno izquierdo, vi a Crystal Dumeine, y pensé si el teniente McKenna también iba a tratar de cargárselo a Tse Ling.

Tres asesinatos.

En dos de ellos habían utilizado el arma blanca, empleando dos

puñales que pertenecían al hombre amarillo de Shanghái, y a ella de un tiro.

Diferían entre sí.

Es decir, sólo difería uno, el último, y me pregunté por qué sabiendo que si llegaba alguna vez a responderme a aquella pregunta, tendría al asesino.

¿Bob White?

Tal vez, incluyendo en el campo de sospechas al chino, y... ¿a quién más?

Sou-Ki,

si no hubiera pasado la noche conmigo en el interior de su propio apartamento.

Era una posibilidad que se le ocurriría a cualquiera y más teniendo en cuenta de que un día no lejano fue la prometida de White y que éste, ahora, iba a contraer matrimonio con la hija de otro de los asesinados.

Registré el dormitorio sin encontrar nada que me pudiera dar ni la más ligera idea de lo que allí había podido ocurrir.

No había ni la más ligera señal de lucha y eso apuntaba la posibilidad de que hubiera sido asesinada por cualquier conocido.

¿White?

No era justo pensar así ya que tratándose de un mujer como Dumeine, los amigos debería tenerlos por docenas aunque por el momento sólo tuviera uno íntimo, a decir de la propia

Sou-Ki,

cosa que él no negó cuando habló conmigo en el Pelicano.

Me acerqué al teléfono, dudando.

¿La policía...?

Tenía que hacerlo pero antes había otra cosa.

Disqué.

Sou-Ki

no se encontraba en su apartamento de la calle 19 Oeste por lo que maldije unas cuantas veces antes de probar fortuna en su quinta de ladrillo rojo.

Tuve suerte.

—¿Sí...?

—¿Sou-Ki...?

En el acto me reconoció.

—¡Alf! —exclamó—. ¿Qué es lo que ocurre?

Con seguridad no lo sabía pero lo sospechaba.

—Escúchame con atención, pequeña —dije—; toma tu coche y ve a tu apartamento, ¿comprendes?

—Pero Alf...

—Toma el coche y ve, si no quieres que llegue antes la policía.

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Eso,

Sou-Ki,

te lo diré dentro de poco. Ahora no discutas y haz lo que te digo.

—¿No puedes...?

—Han asesinado a Crystal Dumeine, muchacha, ¿comprendes? Y ése va a ser otro de los asesinatos que van a intentar cargarle a tu padre.

Vamos, date prisa, ¿quieres?

—Espérame allí, Alf, querido.

Colgó mucho antes de que yo pudiera decir nada más, e hice lo propio.

Miré alrededor.

Silencio, pesado y lúgubre.

Unos pasos más allá, dentro de su dormitorio, el cadáver de una de las mujeres más hermosas que me había sido dado contemplar.

¿Por quién?

Me encogí burdamente de hombros y regresé los ojos al teléfono mientras introducía la mano en el bolsillo del pantalón con objeto de tomar el pañuelo con el cual envolví el auricular.

Hecho esto disqué por segunda vez.

—Policía, ¡dígame!

Dejé transcurrir una pausa de unos cuantos segundos y respondí:

—Se ha cometido un asesinato en... —Di la dirección y continué—. La pelirroja se llamaba Crystal Dumeine y trabajaba como cantante y bailarina en el Pelicano.

—¡Eh! ¡Oiga! No se retire, le pondré con el teniente...

—No va a ponerme con nadie, sabueso —respondí interrumpiéndole—, y no se moleste en tratar de localizar la llamada ya que lo estoy haciendo desde el mismo apartamento de miss Dumeine.

Corté y sin quitarme los guantes avancé hacia la puerta que

daba acceso al pasillo, puerta que dejé sencillamente entornada; exactamente como me la había encontrado.

Salí a la calle.

Empecé a andar buscando un taxi que encontré minutos más tarde y di la dirección del apartamento de Sou-Ki,

pero mandé que se detuviera bastante antes de llegar, y continué el camino a pie.

No deseaba dar facilidades a la policía si el teniente McKenna se le ocurría tratar de localizar mis pasos debido al taxi, cosa que haría tan pronto como se diera cuenta de que mi coche continuaba en el garaje y que mi oficina estaba vacía.

Sou-Ki

tenía forzosamente que encontrarse detrás de la puerta que daba acceso a su apartamento ya que apenas si pulsé el botón del zumbador la abrió echándome los brazos al cuello.

Me dejó sin aliento y mientras lo recuperaba me prendió del brazo y tiró de mí hacia el interior de su pequeña y particular China.

—Siéntate, Alf —dijo tan pronto como nos encontramos en el interior de una de las exóticas habitaciones—, y cuéntame.

Lo hice, me imitó sentándose a mi lado y rodeé su cintura sin que protestara.

—Mataron a Crystal, pequeña —dije.

—¿Y... y mi padre?

—Lo está buscando la policía, pero desde ayer, ¿comprendes?

Sin cambiar de expresión, con el embrujo de sus ojos fijos en los míos, respondió:

—Sou-Ki no entiende. ¿Qué pasó con Tse Ling?

—Al parecer se ha escondido en alguna parte —la miré pensativamente y añadí—: Si tú lo sabes, dímelo,

Sou-Ki.

—¿Para qué? ¿Para qué se lo entregues a tu amigo el teniente?

—Sería mi obligación, ¿comprendes?

—Lo sé, querido, así como la mía es la de tratar de, ocultarle por todos los medios.

—Eso quiere decir...

—Nada de lo que estás pensando, porque no sé dónde se ha

podido ocultar, si es que en realidad se escondió en alguna parte.

Dejé transcurrir varios segundos de silencio y pregunté:

—Sinceramente, querida, ¿crees tú que fue él quien hizo todo eso?

No se movió; sus ojos tampoco cambiaron, y sus labios permanecieron formando la dura línea de siempre, que sólo se rompió en el momento justo en que contestó:

—Tse Ling no lo hizo, Alf, y de eso también puedes estar seguro..., pero yo tengo miedo.

Así de sencillo, y al oírla, confieso que involuntariamente me estremecí.

—¿Miedo...? —pregunté—; ¿por qué?

—Creo que mi padre conoce a ese asesino, Alf.

—¿Qué...? ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Conozco bien a Tse Ling. No está tratando de huir de la policía como puedes creer, Alf, sino buscando al hombre que mató con dos armas que le pertenecían con el solo objeto de inculparle a él..., y lo encontrará. Y es por eso por lo que tengo miedo. Busca a ese hombre, Alf, y habrás dado con el asesino. Busca al que está tratando de que mi padre aparezca a los ojos de...

La interrumpí.

—Háblame de White.

Me miró fijo, muy fijo, por espacio de bastante tiempo.

CAPÍTULO VIII

Y contestó cuando yo creía que ya no lo haría, preguntando a su vez:

—¿No me has hecho ya esa pregunta, Alf?

—Sí —respondí—. Por lo menos eso es lo que creo.

—Entonces...

—Repítemelo, pequeña —dije—. Suponte que olvidé tus respuestas.

Media hora más tarde le hice prometer que me esperaría allí y regresé a la calle.

Lo mismo que la primera vez que hablara con ella, Jessica fue la que me abrió la puerta, dilató las pupilas y exclamó:

—¡Usted otra vez! ¿Qué quiere ahora?

—Hablar con su madre... si no se encuentra acostada bajo los efectos de un nuevo sedante. ¿Puedo pasar?

Jessica miró por encima de mi hombro, hacia el pasillo, y de un modo repentino se apartó de la puerta.

—Pase si lo desea, pero me temo que no podrá hablar con mi madre.

—¿Por qué?

—Está muy cansada —me miró largamente y preguntó—: ¿Por qué no me dijo la primera vez que vino que no era policía? Por lo menos no oficial.

Inicié una sonrisa aunque maldita la gana que tenía de hacerlo.

—Porque usted no me lo preguntó, *miss*

O'Brien.

No replicó; me volvió la espalda y fui tras ella hasta el *living* donde me indicó uno de los sillones para que me sentara.

—¿Y bien...? —preguntó.

—Se trata de... Bueno, quiero que me diga cómo quedan ustedes en el caso de la muerte de Tse Ling, ¿comprende?

—¿Con respecto a la compañía?

—Sí, así es.

Arqueó una ceja.

—¿No lo sabe ya?

—Tengo una ligera idea —mentí con aplomo—, y vengo a verla para que me la confirme.

—Todo pasa a nuestro poder. Al de mi madre y al mío, por partes iguales.

Medité en aquello.

Era, sencillamente, un buen motivo para tratar de culpar al chino de algo que yo, particularmente, empezaba a pensar que no había hecho.

—Sí, es lo que sospechaba —y pregunté sin darle tiempo para que meditara, por lo menos no mucho, en mi respuesta—: ¿Qué hay de White?

Por segunda vez, una de las cejas de Jessica se levantó.

—Vamos a casarnos la semana que viene —dijo.

Medité ahora sobre mi siguiente pregunta y finalmente la formulé:

—¿Sabe las relaciones que le unen a esa bailarina del Pelicano?

Desvió los ojos de los míos.

—Sí —dijo—, pero eso no importa. Por lo menos no mucho.

Me guardé mi opinión, y mientras lo hacía, ella añadió:

—Bob es un buen partido. El mejor, aunque a ese chino estúpido no le ocurra nada. Quiero decir que en el caso de que se demuestre que él no tuvo nada que ver con esos dos asesinatos, es un buen partido ya que dentro de la empresa ostenta el cargo de administrador general. Tiene un buen sueldo. El suficiente para nosotros dos. ¿Alguna otra cosa?

—Sí, esa muchacha china, Sou-Ki,

ella y míster White fueron prometidos por espacio de algún tiempo. Iban a casarse, ¿verdad?

—Sí, pero Tse Ling no deseaba esa boda y rompieron —me miró suspicaz y añadió—: ¿Cree que eso pueda interesarme?

—No, desde luego que no —respondí sin una sola vacilación—,

pero quizá le interese saber que míster White se encontraba anoche en el Pelicano, con Crystal Dumeine. Miss Ling y yo le vimos allí. Incluso estuvo hablando con nosotros.

Se puso en pie y la imité.

Sus ojos brillaban.

—Es usted un maldito hijo ele perra, fisgón, ¿lo entiende? Y ahora salga. ¡Sal... ga...!

Me volví en redondo y me encaminé hacia la puerta.

Jessica vino detrás hasta la que daba acceso a la salida del apartamento y ya con la mano sobre el tirador me volví para enfrentarla.

—Anoche, cuando vino a verla a usted, podía haberle preguntado de dónde venía. Hubiera sido curioso saber su respuesta.

Jessica silbó las palabras cuando respondió:

—No sé lo que está tratando de hacer, fisgón, pero sea lo que fuere, hace por lo menos tres días que no veo a Bob, ¿comprende?

No respondí.

Abandoné el apartamento pensando que todo daba vueltas alrededor de un mismo punto. Tse Ling y su negocio de construcción.

Tomé un nuevo taxi preguntándome qué hubiera dicho Jessica de haberle dicho que Crystal Dumeine ya no contaba en aquel caso porque había muerto asesinada, lo mismo que su padre.

Entré en un *snack-bar*.

Ahora fue un bocadillo de jamón con la consabida lata de cerveza y mientras lo tomaba medité en todo aquello.

El embrollo, el caso, reinaba en el interior de mi mente, agravado ahora por las palabras que

Sou-Ki

pronunciara refiriéndose a su padre.

Era muy posible que Tse supiera la identidad del asesino o simplemente que lo sospechara y ella, como yo, temía que éste, en vez de salir de un lío, se metiera en otro peor, si mataba al hombre que trataba de envolverle en aquella red tan sutil, y me pregunté por qué sabiendo que si lograba dar con aquella respuesta, con la correcta, el misterio habría dejado de serlo para mí.

Terminé el bocadillo y empecé con la cerveza.

Me preguntaba ahora sobre las medidas que McKenna hubiera podido tomar en mi contra para tratar de encontrarme.

Ninguna rigurosa, desde luego, pero algo habría hecho; de eso no tenía la más ligera duda.

Aboné lo consumido cuando di fin al contenido de la lata y regresé a la calle.

Wall Street.

Entré por una de las grandes puertas giratorias no sin antes haberme fijado en aquel letrero que proclamaba a mil millas de distancia que Tse Ling era ni más ni menos que de Shanghái.

Subí en el ascensor hasta el piso veinte, guiado por la última conversación que sostuviera con

Sou-Ki,

y empujé la acristalada puerta de entrada.

Un mostrador, largo hasta lo inconmensurable y detrás del mismo varias cabinas, acristaladas también, con cristal opaco.

Miré los letreros que había en cada una de las ventanillas hasta que di con el de «INFORMACIÓN».

Me acerqué.

Era rubia y se estaba arreglando las medias.

Tenía prisa, desde luego, pero juzgué que no era tanta como para no poder dejarla que terminara con absoluta tranquilidad, por lo que esperé.

Al finalizar con la tarea me miró, e hizo con los labios una perfecta O.

—¿Qué desea?

Pero su bello semblante había enrojecido un poco por lo que me sentí un tanto culpable.

—Quiero ver a míster Forrester. A Jim Forrester.

—¿Tiene cita?

—No.

—En ese caso...

—Escuche, preciosa —la interrumpí—, avísale que deseo hablar con él de asesinatos, ¿comprende?

Abrió unos ojos como platos, sus rojos labios volvieron a hacer la O, y respondió:

—Espere un momento, por favor.

Y se fue sin preguntarme si era o no policía.

Cinco minutos escasos y la vi de nuevo, frente a mí, con una sonrisa en los labios.

Quizá, después de todo, es que yo sea un tipo guapo, pero lo dudo.

—Pase por aquí, por favor.

Y me abrió una pequeña puertecilla disimulada en el mostrador, por lo que crucé al otro lado notando cómo al instante los ojos del elemento femenino iban hacia mi persona.

Lo dicho, y punto y aparte.

Seguí a la rubia sin desear mirar más a mí alrededor.

—Es aquí —dijo deteniéndose frente a una puerta que sin que yo supiera cómo, interesado en sus piernas, había aparecido frente a nosotros dos.

—Gracias —dije.

Me sonrió, y se fue dejándome solo frente a aquella puerta.

Llamé con los nudillos.

—Pase, por favor.

Empujé la hoja de madera y crucé el umbral.

No se movió de detrás de la mesa.

Bien vestido pero gordo y fofo, como una masa de gelatina, respirando sudor por todos los poros de su cuerpo, con ojos de camero degollado y una gran papada.

Instintivamente me repugnó.

—Pase y siéntese.

Lo hice en uno de los sillones, frente a él, y esperé.

Fue muy poco ya que casi al instante preguntó:

—¿Y bien...? *Miss Dereck* me dijo...

Le interrumpí.

—Tse Ling —dije.

Su rostro se contrajo.

—¿Qué hay con él? Aquí no está. Sé que anda huido, pero no le hemos visto por aquí.

Por segunda vez le interrumpí, ahora con un gesto, y contesté:

—No es eso lo que deseo preguntar.

Sus ojos de camero mostraron sorpresa.

—¡Ah!, ¿no?

—No —retuqué.

—Entonces...

—Quiero que me responda, pero con la verdad, qué relaciones le unían con
O'Brien.

Entrecerró los ojos.

—Malas —afirmó categóricamente—, se pasaban la mayoría del tiempo discutiendo y en varias ocasiones, míster Ling amenazó con retirarse del negocio.

Aquello era nuevo para mí por lo que pregunté:

—De haberlo hecho, ¿qué hubiera ocurrido?

—La empresa se hubiera arruinado.

—¿Por qué?

—Bueno, no es muy fácil de explicar, pero lo intentaré. Esta empresa no se mueve con un solo millón de dólares, ¿comprende? Por tanto, si uno de los dos socios se marchaba, el otro quedaba prácticamente al descubierto. Como ve, lo mismo hubiera ocurrido de ser míster

O'Brien

el que hubiera deseado abandonar la empresa.

—No obstante...

—Sé lo que va a decir, pero en este caso no se puede aplicar. —
¿No? ¿Por qué?

—Porque los herederos no se retiran, sino todo lo contrario.

—¿Incluso si resultara que míster Tse Ling fuera inocente de los crímenes que se le imputan?

—Cierto que sí. Como comprenderá, la ambición es algo completamente humana y ni *mistress* ni *miss*

O'Brien

se encuentran a salvo de eso. Exactamente lo mismo que yo, de ser uno de los socios.

Pensé rápidamente y a continuación traduje parte de mis pensamientos en una sola pregunta:

—Hábleme de míster Bob White, ¿quiere?

—Es un tipo con ingenio y ambicioso. Prácticamente es él quien lleva toda la administración de la casa, con ayuda de las computadoras, claro, pero él es... como si dijéramos, el hombre clave de la empresa en la cuestión de los números. Me comprende, ¿verdad?

—Creo que mantuvo relaciones con *miss*

Sou-Ki,
¿no?

—Sí, pero míster Tse Ling se opuso siempre.

—¿Por qué?

—Dijo que sólo le guiaba la fortuna de la muchacha.

—¿Y estaba o no equivocado...? —pregunté.

—Eso no soy yo el que debe decirlo.

—No, desde luego no —dejé transcurrir unos segundos de silencio e inquirí—: Ahora va a contraer matrimonio con *miss* Jessica

O'Brien;

¿cree que también le guía ese sentimiento?

—Mi respuesta es la misma que antes. Y ahora, ¿quiere contestarme a una pregunta?

—Si. ¿Porqué no?

—¿Quién es usted, policía?

—Eso son dos preguntas, míster Forrester.

Y abandoné el sillón.

—Otra cosa —añadí antes de que él optara por volver a insistir —, ¿puede decirme dónde se encontraba usted cuando mataron a míster

O'Brien?

—Aquí, con míster Tse Ling. Luego se marchó y quedé solo.

—Lo que quiere decir que usted tampoco tiene coartada, ¿verdad?

—No, desde luego que no.

Retrocedí hasta la puerta y la abrí.

—¡Espere! Aún no me ha dicho...

No me detuve, fui en busca de la rubia de marras y abandoné el edificio.

La calle.

Una vez más frente a un *whisky* en la barra de un mostrador.

Algo estaba escapando de mi mente, algo que indudablemente era la clave de aquellos tres asesinatos. Un magnate de Wall Street, socio de Tse Ling, un chantaje para el chino, la muerte del chantajista...

Pero un hampón, ¿por qué?

¿Un mandadero enviado por el propio chantajista?

Sólo una persona podía contestarme a aquellas dos preguntas, si es que en realidad sabía las respuestas y quería hacerlo, cosa que dudaba.

El propio Tse Ling.

Tomé el vaso y empecé a beber.

Otro asesinato.

El de Crystal Dumeine, y con aquél, una nueva pregunta que en realidad servía para los otros dos crímenes.

¿Por qué?

También había algo más: ¿Qué relación les unían entre sí? Pero ¿había alguna?

Una vez más desde que empezara aquello repasé las conversaciones que había sostenido con los principales sospechosos y también de nuevo, me quedé en el mismo lugar donde me encontraba.

A saber: Crystal Dumeine era la amante de Bob White y éste iba a casarse con Jessica

O'Brien,

hija de la primera víctima.

Bob White fue prometido de

Sou-Ki,

hija de Tse Ling, uno de los principales sospechosos de asesinato según toda la policía.

¿Motivos?

Los dólares de la compañía, el acapararlo todo sin reparar en medios, o quizá la propia hija en sí debido a las relaciones que había mantenido con White.

Pero siendo así, aquello solo significaba un contra sentido ya que Tse Ling jamás hubiera asesinado a

O'Brien.

En todo caso la víctima sería White y nada más que White.

Crystal fue la última en morir.

¿Por qué?

Si Ling la mató, ¿qué motivos tuvo para hacerlo?

Ninguno según creía.

Por lo menos, que yo supiera, no había relación alguna entre ella y el chino como no fuera que se encontraba en el centro de todo debido a sus relaciones con White, que quizá ya dataran de antes de

que éste se prometiera a
Sou-Ki.

En cuyo caso, si la culpable indirecta a causa de sus repetidas relaciones con White era la muchacha china, Crystal hubiera muerto la primera.

¿Acaso era la chantajista?

Si estaba en lo cierto, ¿por qué? ¿Qué es lo que Crystal sabía del chino para hacerle víctima de un chantaje?

Me encogí de hombros y continué bebiendo porque aquella última suposición no encajaba en modo alguno en aquel rompecabezas... chino también.

A no ser que Crystal fuera... el error.

El único error que había cometido el asesino.

¿Me encontraba en lo cierto al pensar de aquel modo?

Ni yo mismo lo sabía.

Terminé con el *whisky* y continué pensando mientras me servían el segundo.

Tse Ling podía ser inocente.

Siendo así, prescindiendo de los dos puñales que eran suyos, según sus propias declaraciones, ¿qué es lo que me quedaba?

Nada, o mucho, según cómo se miraran las cosas.

Decidí prescindir de él, aunque sólo fuera por el momento y ya descartado completamente, empecé a pensar.

Un hombre que primero amó a una mujer cuando sostenía relaciones íntimas con otra, que se apartó de ella, de la primera, claro, por causa del padre y que más tarde se prometió a otra, pero sin dejar la segunda..., asesinada también y no hacía muchas horas.

No lo comprendía.

Por lo menos, el tercer asesinato, la muerte de Crystal Dumeine, no me entraba en la cabeza a no ser que...

Dejé de pensar, tomé el vaso y me bebí el *whisky* de golpe.

Pero ¿era posible aquella última posibilidad?

Si era así, aquello era mucho más complicado de lo que parecía a primera vista.

Mentalmente repasé mis conversaciones con Jessica
O'Brien

y medité profundamente en la última, hasta que repentinamente salté del taburete al suelo y por entre las mesas me acerqué

rápidamente a una de las cabinas telefónicas.

CAPÍTULO IX

Disqué.

Y me asombré cuando ella se puso al otro lado del hilo en el preciso momento en que el teléfono empezaba a dar la señal, lo que me hizo comprender que

Sou-Ki

se encontraba a su lado, esperando.

—¿Sí...?

—Soy yo, Alf —dije.

—¡Oh! Vas a venir, ¿verdad? Te..., estoy esperando, Alf, amor.

Sentí pesar por tener que desengañarla y respondí:

—Posiblemente esta noche no podré,

Sou-Ki,

¿comprendes? Tengo trabajo.

—Pero...

—Escucha, muchacha —interrumpí—, que es importante. Te llamé para decírtelo y al mismo tiempo para hacerte un par de preguntas.

Callé, esperando.

Sou-Ki,

al otro lado del hilo, meditaba.

Posiblemente estaba pensando en su padre y en los motivos que yo tenía para no ir a su lado como le había prometido y en la unión que este hecho pudiera tener con el autor de sus días, o con los asesinatos en sí.

—Habla, Alf —dijo por fin—, te escucho. ¿Qué preguntas son ésas?

—Quiero que antes de darme una respuesta concreta, la pienses bien, ¿comprendes?

—Sí, amor —respondió—. ¿Qué deseas que te conteste la muchacha china?

—Algo muy simple, pero que para mí es importante. ¿Quiénes tenían acceso a tu casa y en particular a la casa donde tu padre guardaba sus cosas?

No hubo sonido alguno al otro lado del hilo hasta que Sou-Ki contestó:

—Concretamente te estás refiriendo al lugar donde guardaba aquellos puñales, ¿no?

—Sí, así es. ¿Quiénes, muchacha?

—Por esa parte, Alf, no irás a ninguna parte.

Yo no estaba seguro de su afirmación por lo que insistí:

—Aun así,

Sou-Ki,
deseo saberlo.

—Jessica

O'Brien,
su padre cuando vivía, su madre, Bob... y en fin, todos, Alf, ¿comprendes? Incluso algunos que no conoces, como son los miembros del consejo de administración. Tse Ling, mi padre, se sentía orgulloso de sus colecciones chinas y las enseñaba cada vez que podía.

Dudé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta, pero por fin lo hice:

—Dime una cosa, muchacha —empecé—, durante el tiempo en que fuiste la prometida de White, éste continuó manteniendo sus relaciones con Crystal Dumeine, ¿verdad?

—¡Alf...!

—Contesta, ¿quieres? Como te dije, es importante.

Vaciló.

Lo noté claramente, pero no la apremié.

—Sí, Alf, así es —dijo al cabo de un largo silencio—. Fue por eso por lo que mi padre hizo todo lo posible para que rompiéramos nuestras relaciones, ¿comprendes? En una ocasión lo amenazó con matarle si volvía a enterarse que salíamos juntos y... rompimos. Bob tuvo miedo y dejó de reunirse conmigo.

—No obstante, pudo abandonar a la bailarina, ¿no es así?

—Sí, pero no lo hizo. Más tarde supe que frecuentaba la compañía de Jessica y luego..., luego que iban a casarse.

—Pero Crystal continuaba siendo la manzana de la discordia, ¿verdad?

—Sí, así es —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Dónde quieres ir a parar con tanta pregunta, Alf?

—Estoy tratando de anudar cabos, pequeña —dije. También hice una pausa y a continuación disparé la pregunta—: ¿Dónde está Tse Ling?

Apuesto a que tú lo sabes.

—¡Alf! —exclamó—; ¿pero qué ideas son esas?

—¿Sí o no,

Sou-Ki?

—No lo sé, y te estoy diciendo la verdad.

Sin saber si creerla o no, respondí:

—De acuerdo, querida, nos veremos mañana.

—Alf...

—¿Sí...?

—Cuídate, ¿sabes? Tengo miedo por ti.

—¿Por qué?

—Sou-Ki comprende que tú ya sabes quién es el asesino.

—¿Quién diablos...?

Me interrumpió.

—Llama a la policía y no vayas solo a buscarle. Ha matado tres veces y no vacilará en hacerlo la cuarta si se ve acorralado.

Sou-Ki

estaba en lo cierto, pero sólo en parte.

—De acuerdo —respondí—, lo haré así si es eso lo que deseas —hice una pausa al cabo de la cual pregunté—: ¿Has tenido contacto con la policía?

—No, pero eso no es extraño. Ellos no saben que este apartamento existe. Supongo que habrán ido a la quinta y... se habrán marchado de allí dejando a un par de hombres vigilando por si a mi padre o a mí se nos ocurre ir.

¿Había algo más que preguntarle?

Desde luego no se me ocurría nada por el momento, por lo que consulté el reloj y dije:

—Repito lo de antes,

Sou-Ki,
nos veremos mañana.

Corté la comunicación sin esperar respuesta creyendo saber lo que me iba a decir, y regresé a la barra, donde aboné la consumición.

Salí a la calle pensando en que me hacía falta el coche y sabiendo, sin lugar a dudas, que si el teniente McKenna me estaba buscando, de lo cual tampoco tenía duda alguna, lo primero que habría hecho era poner un policía en el interior del garaje donde lo guardaba.

Empecé, pues, a buscar un taxi.

Desde luego,

Sou-Ki
llevaba razón.

Cualquiera pudo tomar el puñal del interior de la casa de Tse Ling, asesinar con él, dejarlo clavado en el cadáver inculpándole a él, y creí saber, no ya quien lo había hecho, sino por qué.

Pensé en el chino, en las relaciones que me unían con su hija, en los dólares que tenía y me dije que Tse Ling también podía creer que yo busqué en

Sou-Ki
lo que White, y lo que más tarde buscara en Jessica
Q'Brien,

y en lo que iba a ocurrir al respecto entre los dos si en realidad llegaba a aquella conclusión.

Resultado: El podría quedarse en Nueva York, pero yo tendría que emigrar a Shanghái.

Lo encontré, subí, y di la dirección.

Jessica

O'Brien
era la meta.

Si Crystal Dumeine fue el error, la clave de todo, Jessica significaba para mí el factor desconocido, la única pieza que faltaba por colocar en aquel rompecabezas chino, como ya lo calificué una vez.

Ahora no descendí del taxi una cuadra antes de llegar al edificio donde tenía su apartamento, sino que lo hice frente a la misma puerta, pagué la carrera y entré en el portal tan pronto como el

vehículo hubo desaparecido de mi vista.

Empleé, como en todo momento, el ascensor.

Y no vacilé en llamar a la puerta.

Una, dos, hasta tres veces, y aquélla se abrió enmarcándola en el umbral, pero no era Jessica ni mucho menos.

—¿*Mistress*

O'Brien?

—pregunté.

Aún se conservaba joven y hermosa, a pesar de que iba vestida de negro y su pelo, que en otro tiempo tuvo que ser castaño oscuro, tenía muchas hebras de plata.

—¿Sí...? —respondió—. ¿Quién es usted? Comprenda que éstas no son horas de...

—Lo sé —la interrumpí—, y le pido disculpas. Y ahora, dígame, ¿dónde puedo a ver a *miss*

O'Brien?

Si está aquí, dígame que es importante, que el teniente McKenna, del Departamento de Homicidios, desea verla ahora mismo.

Su bello rostro se nubló.

—Jessica salió, *míster*...

No había nada en contra para que no diera mi nombre y lo hice, pensando acertadamente que Jessica no había mencionado mis dos visitas a aquella casa porque no le convenía hacerlo.

—Alf Benson, *mistress*

O'Brien

—dije—. ¿Dónde fue su hija?

—¿Tan importante es?

—Sí.

—Bueno, no sé si debo pero..., pero.

—Por favor...

—El caso es que no me lo dijo. Pudo ir al Pelicano o a otra parte cualquiera.

Estuve a punto de maldecir cuando comprendí, en menos de un segundo, lo que ocurría.

Debí pensarlo antes. Jessica no había ido al Pelicano, no, ni mucho menos.

—La buscaremos allí —dije—. Gracias y perdone.

Di media vuelta y de nuevo utilicé el ascensor para descender

hasta la planta baja.

La calle.

Echaba de menos mi coche, pero no había opción.

Pensé en

Sou-Ki,

en la noche que pasamos juntos y en las cosas que me contó, al parecer sin importancia, pero que ahora la tenían, por lo menos para mí.

Como por ejemplo; aquellas señas.

Unas señas a que a pesar de no llevarlas anotadas, recordaba perfectamente.

Un taxis o el bus.

Lo que llegara antes.

Fue el bus, subí, y consumí mi impaciencia pensando en Tse Ling.

Ahora ya sabía dónde se encontraba el amarillo padre de Sou-Ki, y temía no llegar a tiempo para impedir un nuevo asesinato, o tal vez dos.

Tres cuartos de hora más tarde descendí en la calle 51, entre la Novena y Décima Avenida, y recorrí a pie las yardas que me faltaban para llegar al número 795.

Miré alrededor.

Nadie, ni un peatón, ni un agente de la autoridad, por lo que extraje un par de ganzúas y abrí la puerta que daba acceso a la escalera.

Subí a pie hasta el quinto piso y ya en el pasillo busqué la puerta correspondiente a aquel apartamento.

Pegué el oído a la madera.

Hasta mí no llegó el más leve rumor, por lo que vacilé un poco antes de decidirme a llamar.

Finalmente lo hice, y esperé.

Fue muy poco, menos de un minuto, y frente a mis ojos quedó enmarcado en el umbral la figura de Bob White.

—¡Usted!

—¿Acaso no me esperaba?

Me sonrió.

—Desde luego que no —replicó—. Pero pase, pesquisa, creo que

llega a tiempo.

Retrocedió unos pasos sin perderme de vista y crucé el umbral, dando otros tantos en dirección al interior del apartamento.

—A tiempo... ¿Para qué, míster White? —pregunté.

La respuesta, que no se hizo esperar, vino directamente de mi espalda:

—Para morir, pesquisa. Vamos, siga andando, pero despacio.

Noté cómo encajaba el pestillo y caminé sin volverme, en tanto que frente a mí, White hacía lo propio, sin pronunciar palabra, y comprendí por qué.

Es decir; ya lo sabía de mucho antes de alcanzar su apartamento.

El *living*.

—Deténgase ahí, míster Benson y vuélvase, pero despacio. Y tú, Bob, no hagas un movimiento que no me guste, o serás el primero de los dos que se irá al infierno, querido.

Obedecí en silencio y entonces la vi, frente a los dos, sosteniendo en la mano una automática de feo aspecto, pero de gran calibre.

La misma arma que le había servido para asesinar a Crystal Dumeine.

—Buenas noches, Jessica —saludé—. ¿Satisfecha?

—Ahora, sí. Pero siéntese, por favor. Y tú también, Bob. Ahí, en el sofá, y cuidado con mover la mano derecha hacia la funda de la axila, pesquisa, ¿comprende?

Asentí en silencio y nos sentamos.

De los tres, fue ella la que rompió el silencio con una pregunta:

—¿Cómo lo supo? ¿Quién le dijo que yo...?

—¿Qué usted mató a Crystal...?

—Sí.

—Usted misma, emenda.

—¿Sí...?

—Seguro. Y lo dijo mucho antes de asesinarla.

—¿Sí, tipo listo? ¿Y puede decirme...?

—¿Recuerda nuestra última conversación? —La interrumpí—. Usted negó que míster White hubiera ido a verla cuando yo sabía positivamente que lo había hecho. Me lo dijo aquella noche en el Pelicano, en presencia de Sou-Ki

y al negarlo, comprendí que usted estaba fraguando algo. ¿Hacer víctima a White de sus celos justificados? Podía ser así y lo creí de ese modo hasta hace muy poco. Crystal murió asesinada y White, cuya coartada era usted, negando haberle visto, se convertía en el asesino perfecto y así hubiera sido de no comprender por otra parte que él tenía que verla forzosamente, ya que lo había dicho, y de no ser así, aquello le convertía en lo que usted deseaba. En un asesino.

—¿Sí...? ¿Y por qué tenía que matar a Crystal, pesquisa?

—Por dos razones, Jessica. Por celos. Usted..., apuesto a que se dejó seducir carnalmente por White, aquí presente, su prometido, que por otra parte no deseaba dejar a la cantante ya que ella, y sólo ella, era la única mujer que verdaderamente amaba. En usted sólo buscaba el lucro, el poder, como anteriormente lo había buscado con

Sou-Ki

hasta que Tse Ling decidió cortar por lo sano, por lo que White cambió de dirección, pero fraguando en su mente planes de venganza contra el chino, que le había desenmascarado sin paliativos de ninguna clase. Me va comprendiendo, ¿verdad, Jessica?

Callé, arqueó una ceja, y contestó:

—En ese caso, también maté a mi propio padre, ¿verdad?

Denegué con la cabeza.

—Nada de eso, muchacha. A míster

O'Brien

lo mató el propio White aquí presente, utilizando uno de los puñales de Tse Ling, que tomó «prestado» de su colección particular, con objeto de inculparle de su muerte, sabiendo que ambos no se llevaban bien por cuestiones de negocios, vengándose de este modo del chino, por lo que le había hecho con respecto a su hija. Sencillo, ¿verdad? Y si ahora me pregunta si había algo más le diré que sí, aunque esto no sea nada más que una suposición mía. Sospecho que igual que Tse Ling, míster

O'Brien

también se oponía a esa boda y decidió, sabiendo las condiciones del contrato, eliminarle por la razón anteriormente expuesta, culpando al chino, con lo que este último iría a la silla eléctrica, lo que le dejaba el campo libre hacia usted y hacia los millones de la

compañía. Después de matar a su padre, Jessica, ideó hacerle un chantaje a Tse Ling. Sospecho que le llamó varias veces, ya que aún no había sido detenido, diciéndole que sabía positivamente que él fue quien mató a su padre, que le había incluso visto cometer el asesinato o que tenía un testigo ocular. Tse Ling sacó del Banco una buena cantidad de billetes de pequeña numeración y fue a la cita que no era más que una nueva trampa. Para eso, supongo que pagó a un hampón, desconocido hasta ahora, una suma para que fuera allí con objeto de recoger un paquete que debía entregarle un chino. White se apostó allí hasta que llegó el hampón. Le apuñaló con otro de los puñales de Tse Ling y esperó hasta que éste llegó en su coche. Llamó a la policía, fingiendo la voz..., sin saber que yo, y por causa de

Sou-Ki,

me encontraba metido en el asunto hasta el cuello... y las cosas salieron a medida de los deseos cuando el teniente McKenna mandó detener a Tse Ling, acusado de homicidio en primer grado. Era ni más ni menos que la silla eléctrica, pero cometió un error. El de no romper sus relaciones con Crystal Dumeine, aunque sólo hubiera sido en forma temporal... Usted, Jessica, a raíz del asesinato de su padre, empezó a sospechar. Primero pensó que la policía tenía razón al considerar culpable a Tse Ling..., pero más tarde empezó a atar cabos hasta llegar a la misma conclusión que yo.

A mi lado, White callaba.

Frente a mí, sin dejar de apuntarnos con la automática, Jessica nos observaba atentamente.

Fue ella la que rompió el silencio al verme callar.

—Es usted un tipo muy listo, pesquisa —dijo—, y es una lástima, porque voy a matarle. Sí, yo maté a Crystal. Lo hice por las razones que usted expuso. Me dejé seducir por Bob y luego..., él se negó a abandonar a esa bailarina y..., y... supe que había algo más. Mi padre... y Tse Ling... Podía ser o no ser y siempre dudando, recordé que Bob fue prometido de

Sou-Ki

y lo que su padre opinaba de aquella boda..., además de que Crystal se encontraba en medio de la pareja y que en aquel momento también se interponía entre los dos. Exactamente como ya había ocurrido con

Sou-Ki...

y entonces comprendí. Fui a buscarla y la maté, después de hablar con ella. Fue la propia Crystal la que me comunicó que Bob había matado a mi padre por las razones expuestas. Ansiaba el poder y deseaba los millones para gastárselos alegremente con ella y entonces..., entonces... Bueno, el resto ya lo sabe, físgón, aunque no va a servirle para nada porque voy a matarle. Lo hice por celos, por lo que ella significaba para él, y por lo que hizo con mi padre. El me quitó algo que era muy mío, porque se oponía a sus deseos y yo le arrebaté a la persona que se interponía a los míos. Luego le cité aquí dispuesta a terminar con él, aunque me doliera, como venganza por lo de mi padre y... si algo lamento, pesquisa, es que usted llegara a tiempo... de morir también. ¡Ojalá no hubiera venido esta noche aquí, y le digo la verdad!

Calló y empezó a retroceder hacia la puerta de salida con el dedo crispado sobre el gatillo de la automática.

Pensé en saltar, pero no contra ella, sino contra White, que a mi lado, parecía haber perdido la facultad de hablar, apartándole de la línea de tiro cuando ella apretara el gatillo y tratar después de arrebatarse el arma, si podía debido a la confusión que reinaría allí durante irnos segundos, pero no pude terminar con el pensamiento, ya que Jessica lo rompió en mil pedazos cuando dijo, muy cerca ya de la puerta:

—Voy a matarle primero, Benson. Quiero que él le vea morir, ¿comprende? Luego le tocará su turno... y lo que venga más tarde, es algo que poco o nada me importa.

La vi levantar la automática, un poco más, y la sorpresa vino para los tres, de una forma inesperada, y procedente del umbral de la puerta que daba acceso al dormitorio de White.

—Tú tilal esa pistola, Jessica, ¿comprendes?

Ella lanzó un grito, se volvió, y apretó el gatillo.

Pero cuando lo hizo, el chino se volatilizó en el aire.

Por lo menos ésa fue la impresión que me causó, ya que le vi moverse con increíble rapidez y luego, como un borrón, saltar hacia Jessica, justo en el momento en que estallaba el segundo disparo.

Jessica saltó por el aire, dio un par de vueltas de campana, antes de caer, y vino a estrellarse contra uno de los sillones, ya sin conocimiento, y cuando White corría hacia una de las mesas

adosadas a la pared.

Abrió el primer cajón y llevé la mano a la funda de la axila, justo en el momento en que se volvía hacia Tse Ling, y nada más.

Hubo un tenue silbido, que se cortó bruscamente con un seco chasquido, un alarido impresionante emitido por la garganta de White, y le vi frente a mí, con las dos manos crispadas en la empuñadura del puñal oriental que había en su pecho, cómo vacilaba sobre sus piernas, para finalmente, caer al suelo, donde ya no se movió.

Me volví en sentido contrario y Tse Ling y yo quedamos frente a frente.

De los dos, fue él quien primero empezó a hablar, inclinándose hacia mí.

—Tse Ling pide humilde peldón pol su intlomisión en este asunto, pelo golpeal chino una vez y ahola..., ahola estal en paz.

Miré el teléfono, a Jessica que no se movía, y finalmente, el cadáver de Bob White, mientras que de nuevo las palabras de Tse Ling llegaban a mis oídos.

—Podel telefoneal a policía cuando guste, místel Benson. Chino espelal aquí mismo.

Tomé el auricular y lo hice.

Amanecía cuando ambos abandonamos el precinto de policía para separamos un poco más tarde y tomar el camino de... El hacia su quinta, y yo pensando en que Sou-Ki estaría impaciente.

Y me equivoqué de medio a medio. Tse Ling no se opuso a nuestras relaciones ni a nuestra boda, que se celebró treinta días más tarde, pero planteó un problema. Es decir; me lo planteó a mí. Quería que nuestro primer hijo varón, cuando llegara, se llamara como él, aunque naciera en Nueva York y no en Shanghái.

Se lo prometí; todos los días no se casa uno con una mujer millonaria y china por añadidura.

FIN

José María Moreno García, nació en Priego (Córdoba) en 1922. Utilizó el seudónimo de Joe Mogar. Empleó otros seudónimos como Alexis Dormunt, J. Mendoza, Alfred Allyson, Clay Duncan, Jesse McGraham, Joe Mogar, Joe Morgan, Pete Salazar, Joseph M. West, y como la mayoría de escritores de novela popular, tocó casi todos los géneros, desarrollando el grueso de su carrera profesional para Bruguera, pero también en menor medida para Toray, Petronio. Manhattan y otras editoriales.